

**NOSOTROS,
LOS DE
ENTONCES**
Cris Villarreal
Navarro



C. 1

N6

. 1

. 3

14

22

PQ7

23

29

38

ROSA, JOSÉ

DE

FRANCISCO

□

CRIS

VILLARREAL

NAVARRO



1080066382

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P07298

.32

I4

N6



FONDO
UNIVERSITARIO



**NOSOTROS,
LOS DE
ENTONCES**
eris villarreal
navarro

Universidad Autónoma de Nuevo León

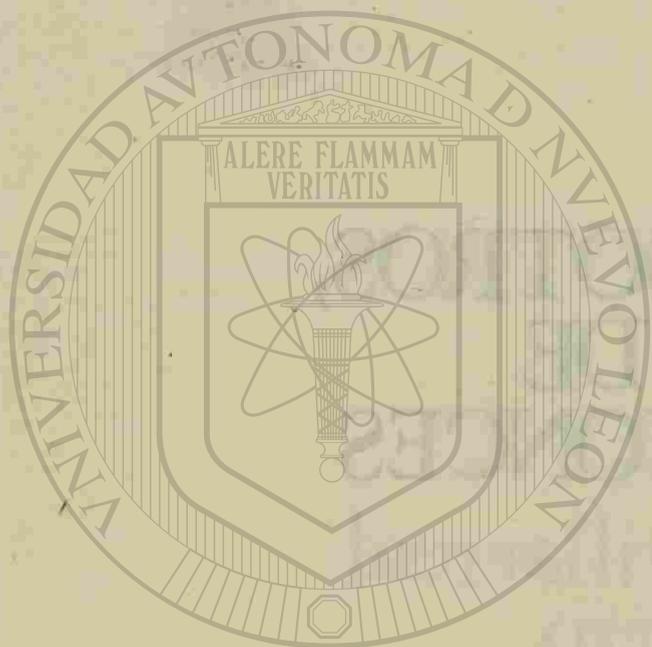
Alfredo Piñeyro López
Rector

Juan Angel Sánchez Palacios
Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Monterrey, N. L., México, 1983

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
REGISTRACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



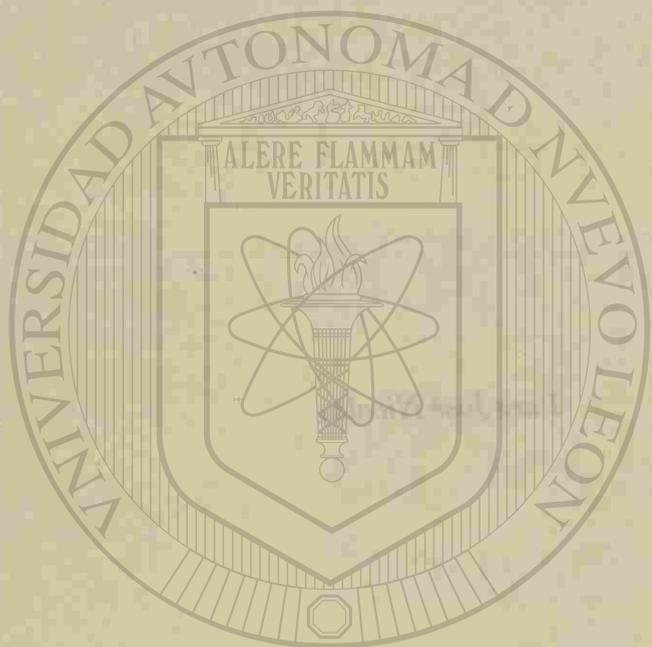


Para José Nicolás
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL ^{SOS}

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la bajada veloz de la Punta de la Loma tras el corto circuito al anuncio del candidato. Tu presencia orgullosa, aspirando ocultar el nerviosismo impotente ante las miradas afligidas de los demás y el mieditis compulsivo que me cercenaba el aplomo, transparentando la angustia por el ahora sí, qué nos irán a hacer; entreverando el material de conversación que después, en la Benavides, nos haría desternillarnos de risa: tan solidarios, tan lúcidos y obstinadamente dignos de nuestros años verdes.

Tú fuiste la primera que se enteró aquella mañana —tan gris que parecía de noche— en el café del Pasaje, cuando finalmente se salieron con la suya, y supiste de mi auténtica condición de extranjero en medio de aquel rebaño de ángeles caídos, y creías que me burlaba cuando te hablé de clases como “educación de la fe” embozadas bajo el título de ética; y te sonreías con esa mirada grave que me imponía —y me impone— porque confirmabas mi normal debilidad por las féminas, cuando te decía que lo único positivo del cambio eran las chavas, porque no cabía duda que la burguesía ha sido la clase social que más mujeres hermosas ha producido en la historia; y me advertías que esta flaqueza era un vicio peligrosísimo en el revolucionario. Te buscaba a ti y a las compañeras en ellas, ustedes sin afeites, sin accesorios en el acicale, con la mirada amiga de la belleza interior, y aquellas niñas encantadoras, por dentro: nada.

Y eras toda oídos a mis crónicas familiares, y me dolía esa congoja incierta que atisbaba en tus palabras, en esos ojos tuyos que siempre deducían tu destino, Marcia, ese proyecto abierto que por el pinche autoritarismo del jefe me vi privado de compartir. Recuerdas las veces que nos íbamos en la vieja

camioneta a conseguirle antiguallas, las visitas a las rancherías que aprovechábamos para hacer trabajo político entre los campesinos, sin nosotros saberlo, vendrían a cambiarme el rumbo de la brújula; quién iba a decir que las máquinas de coser inservibles, y los fonógrafos descompuestos y los marcos de cuadros arrumbados trazarian otras rutas.

Ya cuando los cachivaches nos impedían el libre tránsito por la casa, se decidió a abrir la tienda, y yo no me explicaba cómo un picaporte viejo o un candil oxidado cobraban tanto valor a los ojos de las señoras sensacionales que caían por ahí. Y a la vuelta del exitazo, ya con la infraestructura del negocio creada, de apenas para irla pasando, la cuenta en el banco empezó a crecer y con ella la caterva de veleidades; primero se sintió reivindicador de antiguos agravios y le entró una fijación por vengarse de los parientes ricos, que según esto, siempre nos habían humillado al “ayudarnos” dándonos chamba de gatos en sus empresas, por lo que los iba a alcanzar y a superar para que finalmente fueran ellos quienes buscaran nuestra amistad.

En seguida le dio por afrentarse del barrio: que vivíamos entre puros muertos de hambre. Los vecinos —amigos de toda la vida— buscaban nuestra relación para ver qué nos sacaban. Las comadres de mamá: pura vieja mal nacida. Los muchachos del barrio, gente de la peor ralea, eran muy mala compañía para nosotros. Y así dale que dale todos los días hasta que la vida familiar se tornó tan conflictiva que optamos por ceder, y fue su primer triunfo: a vivir en la del Valle, donde estaba nuestro lugar.

Después en su afán de conseguir relaciones, le dio

por meternos en todos los clubes, y mamá ya no hallaba la puerta con tanta junta del Campestre, de los Leones, Rotarios y Sembradores; de ahí salieron sus reuniones de jardinería y los té canastas y los bazares de beneficencia. Al principio batalló para adaptarse a la agitación de la nueva vida, se la pasaba añorando las tardes tranquilas tejiendo con las comadres, mientras veían las telenovelas, ahora, la vieras, está totalmente enchufada en la vida social de esta gente muy acá; en la casa sólo se ocupa de la decoración y sus violetas africanas. Papá le puso tres ayudas domésticas para que cumpliera con los compromisos, pero a pesar de las pretensiones, las manos ajadas la denuncian; y yo sé que extraña en el distanciamiento y en los fríos saludos de los vecinos de por aquí, aquel rescoldo entrañable y parejo de sus amigas del viejo barrio.

Luego vino la ofensiva educacional y hasta yo estaba admirado del cambiazo operado en el jefe; según él siempre se adornó de pertenecer a la corriente liberal y por ello haber llegado a figurar como Gran Maestro de la Masonería, pero el hacer dinero se le había vuelto una obsesión, y cómo era posible que sus hijos estuvieran en escuelas de Gobierno: qué quemada me voy a dar con los clientes si se enteran.

La vez que me pescó leyendo el *Manifiesto* ahí sí que estalló la crisis: que el lavado de coco, que la deformación, que los principios, que no sé qué; —papa es la ciencia... y por dónde se pasó la ciencia. —No señor, en la familia no hay una mancha todavía: no ha habido un divorcio y nadie ha pisado la cárcel; ya te veo engendro de guerrillero, estamos muy a tiempo, aplicaremos el aforismo marxista “el hombre es producto de su circunstancia”. Agua de tu propio

chocolate. Ya verás, dentro de algunos años me lo vas a agradecer: un buen colegio, muchachas de buenas familias, de tu condición social; desde ahorita hay que cuidar esas relaciones que te servirán para triunfar en la vida.

Y tú no querías, Marcia, porque sabías de mi vulnerabilidad, y hablaste con media Universidad para conseguirme chamba; para así salirme de la casa y seguir en la Prepa; pero era menor de edad y ya teníamos antecedentes de malas ondas del jefe, como aquella ocasión que me bajó de una oreja cuando estaba en el presidium del Encuentro Nacional de Dirigentes Estudiantiles en el Aula Magna, ante el estupear de todas las delegaciones que no acababan de creerlo; y la vez que movilizó a la policía de todo Garza García para detener en la carretera al camión en que nos dirigíamos al DF, al congreso de la Central Revolucionaria Estudiantil, y bajarme a punta de cachetadas ante la rechifla de toda la raza y las carcajadas festivas de la tiranía.

Me tenía amenazado con el Colegio Militar si seguía frecuentándolos, pero no me podía tener las veinticuatro horas vigilado e inventé lo del entrenamiento deportivo, y los miércoles y los sábados en las reuniones, les informaba de las perspectivas políticas en la “Latino”

Había llegado en plena campaña electoral y era como para arrancarse los pelos de la desesperación; los niños estaban anulados, totalmente fuera de la olla, empezando por los nombres de las planillas: *Jean* y *Kiss*, háganme el sagrado favor, la pura cogedencia imperialista, y la forma de allegarse los votos no eran los programas de trabajo, ni los discursos encendidos,

sino los lentes negros, las mascadas, las plumas, los ceniceros, las camisetas, los llaveros, los aretes, todas las muestras gratis de los productos que se fabrican en las empresas de papá, y claro, el sonido más estridente, a la hora del descanso, era el más fregón.

La bronca estaba supergruesa, perfilamos la táctica de empezar por contaminarme y hacerme cuate de los que viera despabilados para luego integrarlos en un círculo de estudios, darles cierto sustento teórico y luego iniciarlos en la militancia: con un grupo integrado, ya la lucha se daría en un nivel más amplio. Y eras tú la que me impulsaba, Marcia, porque tú, más que nadie, sabías que estaba cabrón, cómo iba yo a cambiar el punto de vista social de la institución, cómo iba yo a hacerles entender a esos chavos que todos los esquemas de trabajo de sus planillas no valían madre: las convivencias, los certámenes para elegir la reina de la simpatía y el rey feo, los rallies, las rifas de autos para las misiones, la proyección de la rondalla, la venta de esclavos, la organización de todo el aparato para el lucimiento del baile del graduación... que nada de eso tenía importancia; que sí había esclavos de verdad: la carne de trabajo en las fábricas de papá, viviendo en condiciones infrahumanas. Que sus carros superequipados podían servir para causas útiles. Era tu moral la que me movía en la extrañeza de ese feudo medieval, y en mi ingenuidad acariciaba la posibilidad de llegar a vencer. Imaginaba la eventualidad de aprovechar la ventaja de que todos tenían que ayudar al movimiento, cuando se realizara una campaña amplia; utilizando todos sus carros, en las pegas y en las pintas de una noche tapizaríamos de propaganda la ciudad; o para la organización de mítines diarios en todas las colonias, para transportar los aparatos de sonido, mantas, pancartas, panfletos.

Pero pasaba el tiempo, y no lograba avanzar en lo planeado, y como siempre encontrabas las salidas románticas: que siempre las minorías habían sido las que han movido la historia, que yo tenía que ser la chispa que encendiera la pradera. Pero yo no era minoría, y estaba visto que de chispa tampoco la hacía, porque estaba más sólo que los sobrevivientes de los Andes en ese reducto del III Reich, donde no tenía el aliviane alivianante del saludo fraternal de un camarada matutino que presentara la sana opción de seguir saludándonos en edificante grilla en el café frente a la Plaza. Allí no tenía la esperanzadora posibilidad de encontrarte casualmente en el descanso de la escalera y mientras me presentaras a firmar una carta dirigida al Secretario General de la ONU, denunciando a los torturadores de la Judicial regiomontana, robarte un beso jineteado, aunque no me hablaras en tres días y me amenazaras con proponer, en la reunión semanal de la célula, la imperiosa necesidad de mi expulsión por mis liberalidades y ligerezas de pequeño burgués adicto a la caja idiota.

Y el proceso de asimilación fue aniquilante, Marcia, tú supiste desde el principio que era imposible la jornada, que era como pedirle peras al olmo. Y te dolía verme cómo me resistía, cómo quería obligar a las circunstancias a que no me aglutinaran. Yo estaba ahí para rescatar a los compañeros de ese sofisma de vida que llevaban, pero estaba de la fregada; un lance muy cuesta arriba.

Al principio temía por el pase del semestre, ya ni llevo la cuenta de las veces que me han expulsado. Aquella disciplina de Kinder que tanto te divertía, cuando te comentaba que las tres visitas al prefecto ameritaban expulsión de una semana, es lo que ahor-

ta me tiene bien jodido; el control de faltas es rigidísimo y estoy superfichado con todos los maestros: Ciencias Sociales por defender a Salvador Allende, Biológicas por ser amigo de Oparin, Literatura por protestarle a la monja la lectura del *Archipiélago Gulag*. El único maestro decente, seglar, claro, es el de Problemas Filosóficos, y me platicó que de seguro no le van a renovar su contrato el próximo semestre por haberse aventado la puntada de decir en una junta de maestros que los alumnos debían tener injerencia en las decisiones que los afectan. El "hermano" que da Economía, simplemente no quiere saber nada de mí desde el primer día de clase en que impugné su imposición del libro de texto de Samuelson.

Y todos estos detalles, Marcia, quieras que no, me iban minando, iban resquebrajando la tarea original. Yo, con todo el trabajo que me ha costado crear-me este aire permanente de persona reflexiva, he pescado una fama de excéntrico, de algo así como lacra social que me ha hecho popular en el plantel, y hasta he ganado adeptos, pero por la pose Marcia, nomás porque creían que lo mío era puro afán de joder a la autoridad. Algunos acelerados pensaban que traía una onda satánica a lo Manson, que le diéramos para adelante si se trataba de ultimar a gente fea. En cuanto les tiraba la onda del marxismo, de la necesidad de crear un grupo político para acabar con la disciplina de campo de concentración del colegio, me mandaban por un tubo, la pura dejadez, nada conmigo.

Te juro, Marcia, que de todas las seguridades, era el único que estudiaba diariamente, y era el peor del grupo. Estos cuates, Marcia, en el tono anacuo, la pura frivolidé: el corte de pelo, la ropa de McAllen, los últimos pasos, los rines del carro, la loción más re-

ciente, el vibrador superefectivo, los canales porno que captan las parabólicas, la mota colombiana, las bocinas del estéreo, los nuevos afrodisíacos, los *videocassettes* de películas en cartelera, las cintas buenísimas; y de ahí no los sacas, lo único que no te compran, ni por error, son los libros de texto y como papi es miembro del patronato que está subvencionando la construcción de la nueva ala del colegio, no hay pedo, ves.

Mi decisión de no entrar a la capilla cuando había misa de obligación para conmemorar alguna fiesta religiosa, o la celebración de algún rosario por las misiones en el Asia o por la vocación sacerdotal, que anda fallándoles gacho, originó que me pasara en faltas en Cálculo, materia que debía impartir el hermano en dichas horas empleadas en la piedad.

Luego está Sonia, no, nunca te hablé de ella, tal vez porque no he abandonado la posibilidad de que llegara a haber algo entre nosotros; pero qué necio, no. Bueno, ella es tu antítesis, y apareció desde el primer día ofreciéndome un aventón a la salida de clases, y yo acepté, porque era la coyuntura dentro de ese sentimiento generalizado y subyacente de rechazo hacia mí, el advenedizo, el que venía de la de los pobres, pecado difícil de perdonar por estos hijos de Reagan. Y me ganó, Marcia, en el trayecto me salió con que si no pertenecía a la corriente polanskiana partidaria de la violación abrupta de adolescentes ofrecedoras de *raids*, porque de ser así, ella era simpatizante pagada de esa causa, y la cosa se ponía interesante porque en la cajuelita había un toquesín de bienvenida y el asiento del auto se hacía cama de lo más cómoda y conocía un paraje por Laguna de Sánchez que ni los bosques nórdicos; y así con bola de rollos salidísimos sacándo-

me constantemente el tapete, porque su carita candorosa, arrancada de una revista *Seventeen*, no correspondía para nada al discurso.

Y el summum de la pendejez, fue que me negué, Marcia, porque todavía creía en Santa Clós y operaban mis mecanismos represivos con toda su validez, y a colgarle las etiquetas: pobre niña droga, víctima de la decadencia capitalista, vieja loca, zafada, chafa, disoluta, intentando con las palabras crear diques que me ayudaran a contenerme. Y es que apenas empezaba el proyecto de politización y había que cuidar la imagen, y la neta, Marcia, que ganas no me faltaron porque lo que sea, Sonia está que se cae de apetecible; pero no, no iba a echar todo por la borda en las primeras de cambio, primero estaban nuestros planes.

Pero eran puros fracasos, a nadie le interesaba asistir a un círculo de estudios que no perseguía ningún fin utilitario, aquí la cosa es práctica: —qué se gana uno. Además el solo verbo estudiar resulta fóbico cuando hay tantas rolas estimulantes a que llegarle. Ni siquiera pude explotar la supuesta atracción que ejercía sobre Sonia, tenía todas las tardes ocupadas: las clases de danza, la pintura, el francés, la gimnasia, el piano; y en lugar prominente, las sesiones en la sala de belleza; el arreglo del pelo, la depilación, las uñas, los masajes, las cejas. Sin faltar la reunión semanal con su preceptora del Opus Dei.

Por eso empecé a faltar a las reuniones de la célula, porque sentía que ustedes esperaban mucho de mí y la expectativa de la crítica me intimidaba, y porque sabía que tú también sufrías por mi ineficacia. Y primero te hablaba y te daba una excusa: que aquí eran muy exigentes, me traían bien asoleado, había

exámenes todos los días, la pura represión, tenía que estudiar un resto; que tenía varios prospectos... necesitaba tiempo para trabajarlos. Todavía me animé a ir, después de aquel lunes que pronuncié el discurso, previamente aprobado por el maestro de planta; cuando recibí un apoyo inusual de las masas que me hizo recordar los buenos tiempos de los mítines frente al Palacio de Gobierno. Y es que denuncié ante la asamblea matutina de los lunes, lo castrante y antinatural de la prohibición a las parejas que había en el colegio a tomarse la mano durante el descanso, un beso ameritaba la expulsión; y cómo no, los cambios que introduje en la perorata me valieron otro telefonema a papá: que corrigiera a su animalito. Pero fue una llamada de petate, los aplausos reedificantes, el éxito del discurso y las felicitaciones de la raza no se tradujeron en nada objetivo; y la verdad ya me daba pena andar insistiendo, quería evitar que aparte de todos los milagritos que me colgaban estuviera también el de gorroso insaciable.

Después, nomás no me paraba, no tenía valor de hablarte, para decirte las mismas mentiras que hasta a mí me sonaban falsas. Y me instalaba domesticado ante la tele, a dejarme hacer, reconciliándome, desprendiéndome de la derrota en esa batalla estúpida y desigual que ya me resignaba a haber fracasado.

Y tú, Marcia, no me abandonaste, recuerdo la vez que al salir del estacionamiento te vi ahí, de pie, junto a la parada del camión, esperando a ver si me veías; pretendiendo rescatarme, pero yo ya estaba del otro lado, Marcia, te vi y me hice el que no te vi, me pareciste tan ordinaria con tu actitud decidida y tu ropa desteñida y pasada de moda. Me escudé en el auto que no sabías que papá me había comprado; para que

nadie me viera por encima del hombro; como si eso fuera tan importante. Y te dejé ahí, queriendo salvarme, queriendo ayudarme, a mí, que en la suficiencia económica me sentía tan seguro, tan dueño del mundo. En este momento que te pienso tan intensamente, sé que todos los carros, los viajes, la ropa y las viejas no valen un segundo pasado a tu lado, Marcia... amiga.

Ya andaba hasta las manitas; me había expuesto demasiado en el afán de reclutar un grupo y el escozor de las burlas había hecho mella, tú ya sabes, delicada naturaleza, pinche débil, normal en mí: le di vuelta a la página de las fotos fuertes, en ese trance deseé mejor no haberte conocido.

Luego estaba la campaña, cuchillito de palo, de Sonia. Me gustaba su iniciativa, su lucha obvia y declarada por conquistarme: mi narciso estaba en óptimas condiciones de alimentación y me sentía tranquilamente halagado por el asedio. Aunque yo me clavé desde el principio me gustaba pegarle al interesante. Creo, Marcia, la identificaba contigo en lo emprendedora, recordaba tus palabras, cuando, sin saber de qué estabas hecha, pretendí cortejarte y me saliste con aquella tesis —al hombre lo elige la mujer— y me paraste en seco con tus frases suaves pero convenientes, porque cada conversación contigo era una experiencia, que sin yo enterarme, me iban modelando, de alguna forma, me ibas haciendo a tu imagen y semejanza.

Ella era así, abierta y decidida, y me abordaba en todas partes: en el salón, enviándome novelitas pornográficas bajo el forro de los evangelios; por el correo, remitiéndome telegramas unitextuales a todas

horas: en el laboratorio de Física, mandándome “kisses” en los tubos de ensayo; en la casa, telefoneándome por la madrugada para confirmar el milagro de mi existencia; en el estacionamiento, esperándome recargada en mi auto con los boletos y las reservaciones en las Hadas, para irnos del Colegio al aeropuerto; en el auditorio, durante el concurso del oratoria, haciéndome señas entre la raza, parada en el pasillo, cerrándome un ojo, mordiéndose el labio inferior: ¡papacito!, lanzándome besos.

Fue la vez de la fiesta cuando me acorraló, si no asistía, ya corría el riesgo de ser declarado joto convencido. Como siempre me cayó de improviso, estando yo en la biblioteca; y entre el ¡hola cómo estás!, pero si eso ni se pregunta, me cae que jalando en *Playgirl* te volvías millonario, no me explico cómo no crees en Dios si todo tú eres divino, con esa carita de ángel, y sin cirugía, ya en serio, lo que más subyuga de ti es esa caída de ojos, enigmática, misteriosa, irresistible... y como siempre su capacidad para entreverar tanta jalada me hacía bajar la guardia, la risa me traicionaba y ella ganando terreno; y al verme la *Punto Crítico* que estaba leyendo, se rompía el embeleso y empezaba el deterioro: —Nunca te lograste, precisamente porque me gustas horrores, me duele que estés ahí de redentor chicano siempre con tus idioteces en clase, qué no te cala el ridículo, cuándo te vas a convencer que aquí no pega eso. Mira, ya déjate de payasadas, esta noche es en la finca campestre de la Lolis, ya vi las porno que van a pasar pero son igual de efectivas; y así como eres tú de discreto, para que veas los detallazos que tengo contigo, si no te quieres quedar ahí, le llegamos al Trueno, ahorita separo un cuarto y así no tenemos que hacer fila, está cerquita del rancho, ahí estaremos cómodos y tranquilos. Ade-

más como andan varias sobre tus huesos, de seguro van a empezar con que el intercambio de parejas y no me quiero arriesgar a que alguna avanzosa te secuestre; en todo caso un solo trabajito: mi hermana menor quiere deshacerse de su sello de garantía y como tenemos los mismos gustos... andaban varios interesados, pero ella te escogió a ti, no te me vayas a abrir. Prométeme que irás, lo cierto es que la fiesta es en tu honor, yo la organicé, los cueros se lo merecen todo, no me vas a dejar sin el homenajeado.

Todavía me resistí: no gracias, me comprometí a leer un ensayo político por semana y hoy es viernes y no he leído nada. —Uta: compromisos unilaterales y toda la cosa, de no creerse, las técnicas dalecarnageianas se estrellan contigo. Pero ella sabía que el “no gracias” ni yo me lo creía, porque las miradas decían exactamente “sí gracias” y mi corazón y mi razón desgastados por la lucha estéril hablaron en el a qué hora paso por ti, que nos valió otra expulsión de la biblioteca por el ¡qué!, que gritó Sonia con toda emoción.

Y a partir de ahí fui un desmadre, si antes oponía rebeldía por principios, luego fue nomás de cabrón. Y cambié la trova por los punkos; los libros por los carros; el café por la mota, a la que le llegué por pura curiosidad, nomás a ver qué y ya después me hice catador, y ya no cualquiera me llega; he probado de todo en esta búsqueda sin fin, y la neta, Marcía, que no soy adicto, la sé controlar y hasta creo, residuos de tu moral, que la puedo dejar. ¡Hijo! Marcía, necesito tanto tu compañía, tal vez tú sí creerías en mí.

A veces cuando voy al Club Hípico y al llegar veo en el lecho del río Santa Catarina los paracaidistas miserables y luego a esos caballos destilando salud en la

limpieza de sus cobertizos me siento el ser más mugre del mundo, porque el que calla otorga. O cuando ando en el Ajá, o en el Sargent o en las tertulias idiotas del Campestre, según yo muy clavado en el *dancing*, de repente me pongo a observar las parejitas que me rodean, todos asépticos y monos, perfectamente ataviados con su maquillaje dominical, y ahí está eso que avanza imperceptiblemente, algo que me ahoga y me rebela, y me digo: bueno, qué chingados estoy haciendo aquí, si en “Tierra y Libertad” hay domingos rojos y podría estar en el trabajo voluntario, haciendo cualquier cosa constructiva; y es como algo gachísimo: pálidas nostalgias y desazones kilométricas y me dan ganas incomprensibles de arrebatarse el micrófono al mono del conjunto y ponerme a cantar la *Internacional* o cualquier rola d’esas: *Cuba, Cuba, estudio, trabajo, fusil, lápiz, cartilla, manual, alfabetizar, alfabetizar; venceremos!* Y la Sonia que conoce mis angustias, me reinstala en el parqué y a los cargos de conciencia opone su mirada confiada de ilusión —porque, por favor créemelo, ella abriga ilusiones todavía y aunque esté la música superloca me pongo a bailar muy pegadito y la Sonia medio sacada de onda porque todas las parejas andan bailando suelto, pero nos vale, y le seguimos muy cariñosos y nos vamos a encerrar a su recámara; los jefes nunca están, y si están no hay iris, se quedan muy satisfechos con que Sonia les espete un rumiante —vamos a estudiar. Y descolgamos el teléfono y ponemos el estéreo y prendemos incienso y nos damos un toque y cuál revolución proletaria.

Ha habido fines de semana que nos metemos desde el viernes con provisiones: vino, queso y pan negro, y no salimos hasta el domingo por la noche, muy bañaditos. Y yo anhelando alguna bronca, una tension-

cilla emocionante de perdis, para que aquello tenga el encanto de lo prohibido, de lo disparatado, pero no, nunca hay borlo, nos les paramos enfrente a los jefes, en la sala de televisión, o en la de juego, y ellos metidazos en el "paco", si acaso nos dirigirán un: ¿qué, vienen de la alberca? Y así no, Marcia, así está uno superasimilado al sistema, no hay tal desafane social, todo está permitido. Para mí que los papás de Sonia son bien drogados también, por eso todo les vale, ¿o qué, está bien que se cojan a tu hija en tus narices?

Eso sí, el domingo en Fátima es de cajón, acompaño a Sonia porque aparte de que le pagan mil por asistir y dos mil si hay comulgada, ella agarra la misa de desfile de modas y a mí también me divierte pegarle al observador omnisciente; hacerles sentir con mi mirada lo mierdas hipócritas que son, ahí está el puro desdoblamiento, con sus caras lindas y sus ropas nuevas todos contritos recién recibida la comunión y la noche anterior hasta el cien en el *drivein*, siempre con un irresistible de cinco mil en la cajuelita previniendo alguna intervención sorpresiva de la tiranía, o haciendo desmadre y medio en el cuarto de la servidumbre, los prostis particulares. En el rancho de papá las apuestas haber quién hace el *strip* más cachondo o en plan de parejas, homos o heteros, el *pornoshow* más excitante. En la recámara bajo llave: los quiebres, los animales, las perversiones.

Como para reírse, Marcia, aquella vez que recriminaste mi conducta cuando me viste con una compañera en uno de los cines aledaños a la Prepa, aquellos simples *matches* inocentes de mi lengua sobre sus senos, de mis dedos bajo su falda te escandalizaron, porque un camarada debía ser ejemplo de virtudes, si papá tuviera nociones de moral comunista; si mi

abuelita...

Creo que hasta cínico me he vuelto, la otra noche me sentí de lo más mal, porque quise tener remordimientos, o algo parecido, por haber profanado un recuerdo nuestro, pero esta máquina de sentir ya no funciona; fue aquel poema de Benedetti que tanto nos gustaba, bueno, se lo dije a Sonia, después de hacer el amor: *Y en la cama, pierna a pierna, somos mucho más que dos...* y me dio mucha risa, Marcia, una risa de las que escinden el alma. Porque todo ha cambiado, crees que hasta envidia tengo de estos cuates, la gran mayoría al terminar la secundaria los mandaron a estudiar un año a Europa; que a Lausana, a Dublín, a Tolouse, los más fregados a Canadá o a los *States*. Y yo vengo de la de los pobres, donde está la gente deficiente que no come carne todos los días. A mucha raza no le paso por ello y esa ficha, que aflora en el momento menos pensado, amaga constantemente mi dignidad.

Aquella profesión de fe universitaria, nuestro orgullo, acendrado, de haber cursado la prepa en el centenario Colegio Civil; el entusiasmo de saber que los únicos intelectuales de la ciudad, la mejor raza pensante, eran nuestros maestros. La determinación, a flor de piel, durante la quema del borrego, o cuando fuera, de llegar a partirse la madre por el Azul y Oro. Aquella lealtad agradecida, ha desaparecido, Marcia, ha sido arrancada de mi nostalgia, se ha tornado en estigma, en vergüenza escondida.

Mamá está muy cambiada, nomás me ve y se pone a llorar, y es por el diario aterrizar a la casa cuando la muchacha ya anda barriendo la calle, con un antojo loco de dulces y pasteles en el efecto de la resaca

nocturna, o sobrecogido por la onda líquida, que deja estragos de aroma y muerte. Pero a pesar de mi mutismo, hago ejercicios de silencio que la desquician, es super consecuente, me tiene bien adicto a su ternura. La última que hizo fue convencer a papá para que cooperara con otros padres de familia en la compra de la edición de *Alarma* de esta semana a venderse en Monterrey; alguna raza fue a comprarla a Saltillo; habías de ver a la Sonia, destaca entre las demás, no le pide nada a Catherine Deneuve, pero en chava, salió buenísima, con un cojín tapándose la zona púbica y su expresión candorosa de yo no fui; a mí la pasta de azorro alelado, que no me abandona, me hizo salir muy coqueto en la condición de *streaker* cautivo subiendo a la granadera; y como eso fue hace dos semanas, como que se me hace difícil que papá tenga muchas ganas de venir a recogerme esta noche.

Mamá lo está trabajando para que el próximo semestre vuelva a la Autónoma, sería lindo verte de nuevo. Pero la neta, Marcía, francamente me da igual, si me regresan habría que hacerme de nuevos contactos, ¿todavía es la Plaza el lugar donde se conecta?

Estela furtiva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

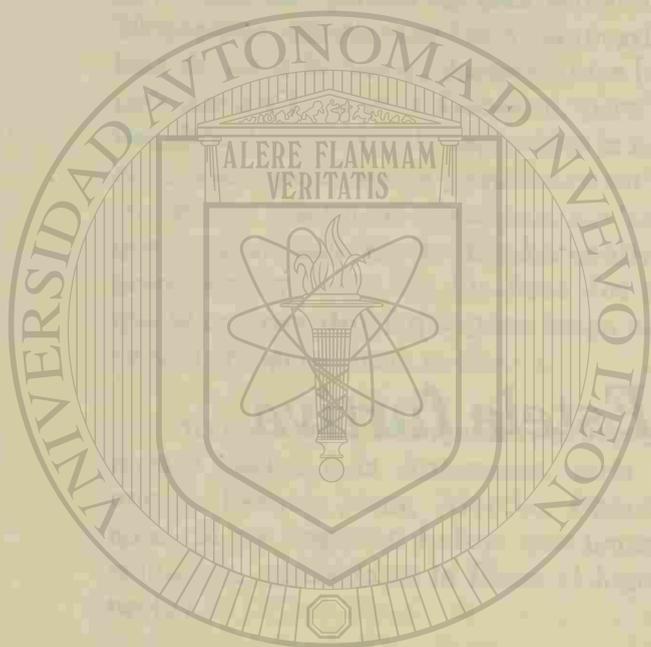
nocturna, o sobrecogido por la onda líquida, que deja estragos de aroma y muerte. Pero a pesar de mi mutismo, hago ejercicios de silencio que la desquician, es super consecuente, me tiene bien adicto a su ternura. La última que hizo fue convencer a papá para que cooperara con otros padres de familia en la compra de la edición de *Alarma* de esta semana a venderse en Monterrey; alguna raza fue a comprarla a Saltillo; habías de ver a la Sonia, destaca entre las demás, no le pide nada a Catherine Deneuve, pero en chava, salió buenísima, con un cojín tapándose la zona púbica y su expresión candorosa de yo no fui; a mí la pasta de azorro alelado, que no me abandona, me hizo salir muy coqueto en la condición de *streaker* cautivo subiendo a la granadera; y como eso fue hace dos semanas, como que se me hace difícil que papá tenga muchas ganas de venir a recogerme esta noche.

Mamá lo está trabajando para que el próximo semestre vuelva a la Autónoma, sería lindo verte de nuevo. Pero la neta, Marcía, francamente me da igual, si me regresan habría que hacerme de nuevos contactos, ¿todavía es la Plaza el lugar donde se conecta?

Estela furtiva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deber... a casa sin poder...
creer que estas ahí, pienso que de seguro el cuerpo de-
de hacer algún trabajo interno que se conecta automati-
comente para guiarlo, para instrumentar, a lugar salvo
y seguro.

Cierres la puerta (obviamente) intentando no
tirar algún objeto a tu paso, atraviesas recibidos, pa-
sillo, comedor, cocina, y sales por la puerta del pa-
sillo, que en este caso es la habitación, que le
se aproxima a la sala, en la sala al centro de la
var. Das una buena participación al preso que está lami-

A Rosaura Barahona A.

TODAVIA hoy no logras recuperarte de su
ausencia, no entiendes su silencio, empecina-
damente te niegas a aceptar que, tal vez, no
volverás a participar de esos instantes fuga-
ces que en los últimos tiempos fundaron tu razón de
vivir.

Estás allí, recargado en el árbol, tiritando por el
temprano frío otoñal que se deja sentir esta madu-
gada, esperando a que el trío termine con el progra-
ma de canciones convenido; y es que esta tarde, des-
pués del futbol, la dejaste plantada; una vez que em-
pezaste en el Estadio —la cantina más grande del
mundo, como suele repetir Laura— no supiste resistir
la invitación a seguirla con los muchachos. La aburri-
da expectativa que te deparaba otra noche de sábado
escuchando los mismos cassettes de siempre, sus
charlas previsibles, tornó fácil la decisión de irte a un
bar, para relajar un poco la ansiedad.

Un hombre, guitarra en mano, te pide el dinero
de la serenata, pagas y te diriges al Volkswagen; hasta
entonces te percatas que ni te enteraste si Laura en-
cendió la luz de su recámara en el segundo piso, ine-

quívoca señal conciliatoria. Llegas a casa sin poder creer que estás ahí, piensas que de seguro el cuerpo debe tener algún radar interno que se conecta automáticamente para guiarte, por instrumentos, a lugar salvo y seguro.

Cierras la puerta cuidadosamente, intentando no tirar algún objeto a tu paso, atraviesas recibidor, pasillo, comedor, cocina, y sales por la puerta del patio de servicio para encerrarte en tu habitación, que le expropiaste a la sirvienta, enviándola al cuarto de lavar. Das una buena participación al presupuesto familiar y exiges privacidad, no resistes compartir una recámara con ningún hermano que te conmine a apagar la luz cuando te quedas picado con alguna novela hasta el amanecer, o a sentir aprensiones por el ruido de la televisión, cuando una película europea a las tres de la mañana te distrae del sueño que suele retirarse de tu cuerpo: o a tener que bajarle al estéreo, cuando una música de fondo te ayuda tanto a pensar, sobre todo después del accidente.

Justo ahora, recostado en la cama, sin fuerzas para quitarte la ropa, la extrañas; desvalido y fúnebre, observas como los objetos van cobrando su cotidiana dimensión a través de la claridad que apenas tenuemente se filtra por la ventana. Quebrantado, te ves en el camino de recorrer todos los sentimientos de culpa que te visitan los domingos por la mañana: tu falta de consistencia, los días estériles, tu vida prestada. El grito interior en que aflora esa antigua convicción de intuirte predestinado para figurar, para ser importante.

Y ahí, en la lista de los cargos de conciencia, primero el ¡chin! de la vieja desidia por volver a la

Facultad, el tal vez si hubiera seguido estudiando ya habría hecho carrera en el banco, tendría un sueldo superior que me permitiría ahorrar para poder salir de este agujero, alternar con gente interesante, de conversación inteligente, como la que conociste en aquel reventón amanecido en que se celebraba el triunfo electoral de la planilla que encabezaba Marcia en su escuela.

Un gesto de contrariedad te trae la certeza de que jamás harás nada para que la frustración se resuelva, porque estás convencido, finalmente, que tu hermana y sus amigos universitarios, con todos los libros leídos y sus recetas para arreglar el mundo, no son mejores en calidad humana que tus compañeros de trabajo, quienes también, en el momento necesario, te dejarían colgado de la brocha con la misma sangre fría; hoy, mejor que nunca, sabes que estás solo, de ahí la intimidación, el cálido terror que gota a gota te erosiona la incertidumbre de perderla para siempre.

Fue en el Café Lisboa, la tarde del viernes, la última vez que estuvo cerca, poco a poco percibiste en el ambiente un aroma de jazmines y bajo la mesa su presencia regalada en el roce rítmico y acompasado que cosquilleaba tu región púbica, caricia que te sorprendió agradablemente, ya que en compañía de Laura, lo usual era disfrutarla íntimamente por un leve frotamiento en los tobillos. Desde entonces, no sabes a qué atribuir su alejamiento y repasas la última visita: Laura, con tres *vampiros*, apretando fuertemente tu mano al escuchar, entre concentrada y distraída, las canciones que interpreta un émulo de José José; ajena, como siempre, a las veleidades de tu mundo interior, con la vanidad habitual y su aire indolente te encuentra orgulloso de su compañía, estima que las tres

horas pasadas en la sala de belleza, acicalándose para la cita, de algún modo no fueron en vano, lo dice el brillo de tu mirada, el gozo que transparentas, la placidez que te arrebató, casi agradecidamente, de ella.

Mientras tomas una agua mineral en la soledad del antecomedor, aún no se ha levantado nadie en la casa, continúas en la jornada del insomnio, revives, envuelto en una súbita nostalgia, las primeras experiencias de su aura circundante, su cercanía imprecisa.

Fue el día del accidente, durante el trayecto al hospital, en la ambulancia, ante la mirada indiferente del camillero, que no dejaba de masticar un chicle con particular fruición..., cuando de improviso sentiste el contacto cálido de unos dedos rozando tu mejilla, pensaste que se trataba de algún bicho no invitado y quisiste cambiar de posición pero una fuerza indefinida te lo impidió, percibiste la impresión inequívoca de un beso en tus párpados y un acogedor: —Descansa, todo está bien; en tus oídos. Tras la conmoción, tenías tal necesidad de ternura que, sin complicaciones, te entregaste a la calma sensual, no sin un cierto grado de intranquilidad: temías que abandonarte, podía implicar una ausencia definitiva; pero, ¿a qué volver!

Los días que se sucedieron forman una mañana de extrañas vivencias; ni siquiera viste el balón que se estrelló contra tu frente, y te asombró no estar en la cancha cuando despertaste en el hospital, registrando entre sueños la compañía de Laura, de tu mamá; los compañeros de la oficina, exageradamente solícitos, llevándote revistas. Inexplicablemente, intuías en ellos un trans fondo de intriga. Los días en la clínica, hojeando el tedio te dan el giro del balance y vuelcas tu

inquietud, tu simpatía desbordada por la posibilidad de irte con ella. Sabes que lo que pasó en la ambulancia fue real, que de alguna manera, una relación se había establecido y que estarías expuesto a que esa presencia te abordara y asistiera en forma inescrutable. Y así la adivinabas: merodeando tus conversaciones, atestiguando tus movimientos, aconsejándote y hasta dirigiéndote. Era como un auxilio en los momentos desagradables o como un paliativo en las dichas ausentes.

Era tu sucedáneo ante la afectación de Laura y su moderada actuación de personaje de telenovela, a tono con las sonrisas beatíficamente hipócritas de los parientes y vecinos que le robaron tiempo al tiempo para estar un momento contigo, a quien orillan a hacer concesiones, a cumplir con los papeles indicados; para luego, al quedar solo reintegrarte a la medida original y censurar tus ensayos de adaptación, tu noviazgo con Laura, eternamente preocupada por los artificios de todo orden, tan atterradoramente distantes de la sinceridad, de la naturalidad; tan poco generosa cuando se te ocurre que podría ser una mujer capaz de escuchar, de convertirse en tu cómplice.

Recuerdas que ni siquiera pudo comprender tu angustia de hace dos meses, cuando cumpliste los treinta; y cada vez que había oportunidad, en el banco, corrías al baño a verte en el espejo, y te veías costal de fracasos con los ojos llenos de lágrimas: no fuiste el ingeniero que tus padres anhelaban, y esto para una familia regionmontana es para tenerlo muy presente, para revolverte la vergüenza con la eterna cantinela del dichoso título, como si el trabajo de empleado bancario constituyera el peor estigma del mundo bizarro. Los estudios frustrados eran la histo-

ria de la eterna extorsión, del patético: —sólo con tu título universitario en mis manos, sabiéndote protegido, podremos morir en paz.

Y te negaste a seguirles el juego, que no eres ninguna bestia, eso lo sabes mejor que tu padre, pero decididamente no sirves para alimentar sueños de futuros maravillosos. Crees, y en eso no negocias, que la vida es un simple archivo de proyectos y no estás dispuesto a embarcarte en quimeras consumistas, que tienen aniquilados a tus hermanos mayores y a tantos amigos casados, con la libertad vendida por una casa, que cuando terminen de pagarla va a hacer las veces de caja de muerto.

Tu hermana menor, a la sombra del sueño de tus padres y apoyada en tu silencio solidario, comprado con un rápido beso, se llena un vaso de nieve y vuelve radiante a su recámara, te reconforta su fácil capacidad para ser feliz y te sientes conmovido porque aún ahora, ya cumplidos los treinta, te sigue intrigando lo que te depara el vivir, lo que va a ser de ti en tu largo y comprometido empeño de no transgredir tus propias reglas, de no dar las nalgas a ese mundo, a esa vida oscura y atrofiante que amenaza a cada instante con tragarte.

Y te mantienes alerta a la señal, a su silencio compañero que te reintegra a esa conciliación, casi infantil, que te inmuniza a todos los temores. No te explicas el porqué de su abandono, la necesitas intensamente como en otros momentos límites del llanto, del desaliento solitario en que ella aparecía y su fragancia adolescente te incitaba a salirte a respirar, a olvidar de cuajo el temblor de la impotencia, a consentir la calma a que tú mismo, con tu falta de decisión te

has condenado; y era recuperar la paz perdida de los años niños, olvidarte del hastío oficinesco en el que hay que cuidar el tono de voz, la medida exacta de las palabras y diferir las gratas posturas naturales. Era sentir su apoyo refrescante ante tu negativa a ver los *jeans* en el closet como un tierno recuerdo; era encontrar por la calle, en los rostros de antiguos compañeros, la envidia mal disimulada ante tu estampa independiente, y era frente a Laura dejar volar las miradas infieles sin atreverse a más, porque ella estaba contigo.

Era el sedante instantáneo ante el beso parsimonioso y obligado de las tías y demás parentela vejatoria, con las que, tarde o temprano tenías que toparte y sufrir el consabido: —para cuándo la boda Luisito. Y era determinar el autoexilio en el excuarto del servicio doméstico y en su compañía rechazar todas las combinaciones de la falsa comedia.

Si estabas en el Banco, soportando a un cliente insufrible, bastaba con necesitarla y el teléfono del escritorio timbraba, sin un sonido en el auricular, dictándote las palabras oportunas para deshacerte del necio visitacionante. —Pero, qué barbaridad, de modo que ya tiene media hora en el aeropuerto y no ha llegado el chofer a recogerlo, debe haberle pasado algo; sí, cómo no, señor, salgo para allá en seguida.

—Me va a tener que disculpar, mi jefe...

Si estabas en el amor, ella te llevaba de la mano, sin altos y sin semáforos, al encuentro de zonas erógenas indescifrables, desde la ducha nocturna, que de hábito necesario de limpieza pasó a ser un rito premonitorio de goces sediciosos, primero bajo el efecto de su

afluencia en cada una de las gotas acariciantes de la regadera, para luego, lentamente, ir desvaneciéndote en la secuela de sus manos sedantes, recorriendo tu espalda, masajeando delicadamente tus hombros cerca de la nuca, dilatando en el espacio su volumen para esperarte, fragante enredadera, en tu cama, que a lo largo de tus noches copulares se tornaba territorio libre del mundo.

Ahora, desamparado, sumido en la desazón total, sin responder incomprensiblemente a las urgencias de tu mente, te mantienes acechando los momentos paréntesis del exterior. En las reuniones con los amigos, cuando ya habías ido a dejar a Laura y te mantenías fiel a tu caguama, aletargado en un sillón, mirando sin ver a las parejas que sin bailar, aún se mantenían fieles a la noble tradición del abrazo mediatizador. Para de improviso, invadido por la atmósfera sugerente de la música, crearte un vacío de sonido y hacerte sentir su aromada cercanía, los rumores pegados a tu cuello, unos labios rozando tus oídos; percibiendo su contorno en la fragilidad seminsomne del secreto, deserectándote, bajo el efecto de una calidez irresistible, sin dejar la menor huella en tu trusa. Como en aquel bar, donde anhelándola te quedaste dormido y abandonado por los amigos, y fuiste despertado por su aliento de postre de frutas en los párpados, y al salir, con la bruma amanecida, en un instante febril y alucinado, te fue dado conocer su imagen compañera envuelta en un aura resplandeciente, su estela furtiva.

Y fue durante el sueño cuando te fueron deparadas revelaciones de amor eterno, cuando se manifestó, en toda su belleza el encanto de vivir, descubriendo, entrelazado, universos sedosos y brillantes —bajo la

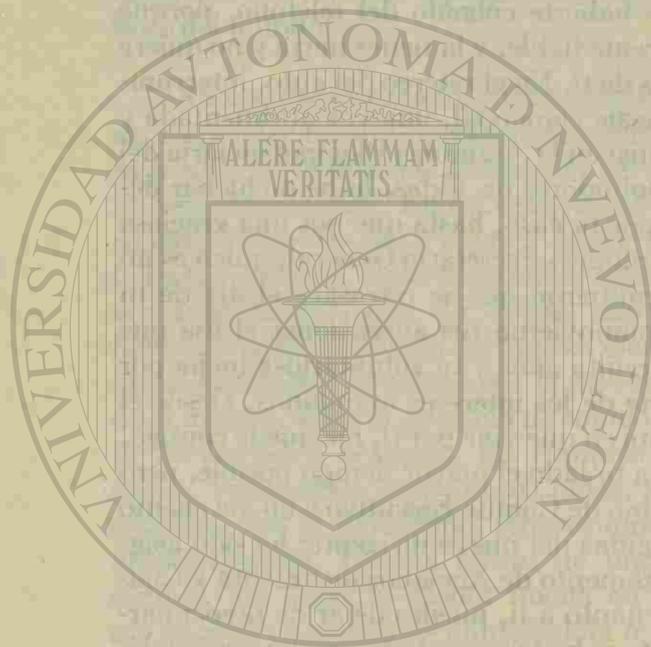
mirada interrogante de tu madre por el diario cambio de sábanas— instantes en que cobraba valor todo tu ser, que en la pesadilla rutinaria de la oficina llegaste a despreciar con singular vehemencia.

Hoy, cuando trágico y desvelado te diriges a casa de Laura, tras haberte colgado del teléfono, porque eres un caso irremediable, y la tienes harta y no quiere saber nada más de ti. En el estereo del auto, interrumpiendo un mensaje comercial, una voz atormentada y vacilante: —Luis: en la Asamblea Plenipotenciaria del Sindicato de Quitadores de Vidas, hube de luchar denodadamente por tu caso, hasta que por una graciosa concesión del entonces Secretario General, quien es mi amigo, me permitieron que se retrasara el día de tu partida. Me conmovieron tus aprensiones el día que cumpliste los treinta años y tu voluntariosa lucha por no contaminarte de los intereses mundanos. Desde el día del accidente en que vine por ti, me quedé contigo, e intenté estar a tu lado el mayor tiempo posible, pero ha habido cambio de Comité Ejecutivo y no me cuento entre las protegidas del nuevo dirigente: he sido asignada al Departamento de Ancianos de Sesenta y Cuatro Años. En cuanto a ti, puedes dejar de preocuparte, tu expediente se ha traspapelado y no hay quién dé con él, como no tienes identidad en el archivo tu eternidad en la vida está asegurada. De ahí mi dolor. Morí un tiempo fascinante a tu lado.

Seducido, desnudo de muertes, atrocemente solo, lunático rabioso, sumido en la aflicción, has querido estragar la plena oscuridad y los mil y un intentos del final han fracasado.

La has invocado, has precisado su calor, sus caricias, has clamado por su piel; has necesitado

morder, sujetar, consumir, poseer, tocar la esencia de la sombra de tu muerte y finalmente has tenido que reducirte a vivir.



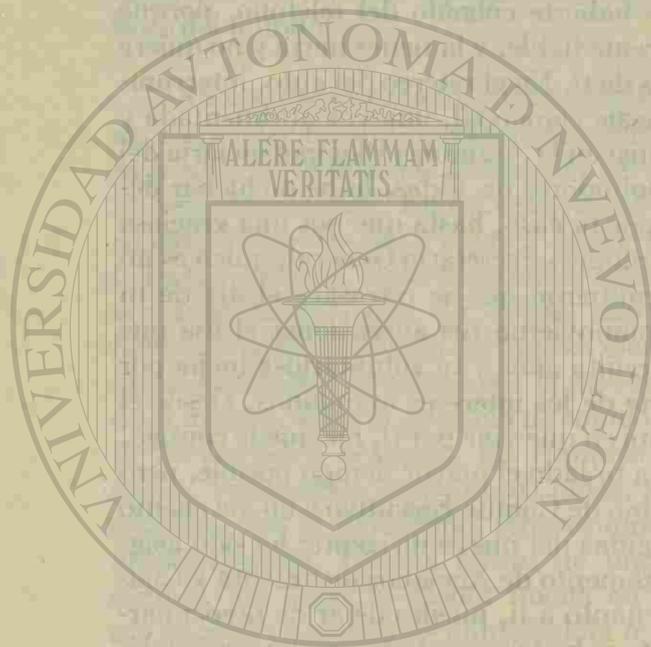
UANI[®]

Jugada clásica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

morder, sujetar, consumir, poseer, tocar la esencia de la sombra de tu muerte y finalmente has tenido que reducirte a vivir.

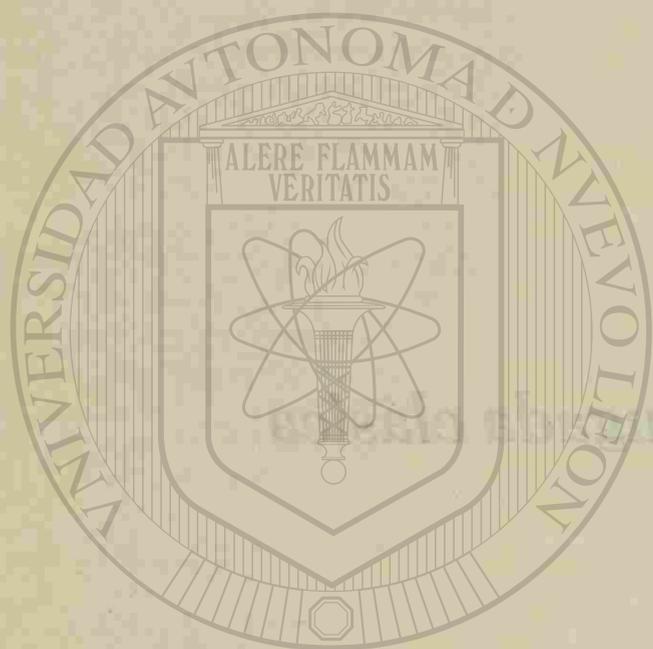


UANI[®]

Jugada clásica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la generación 64-66 Prepa I
y 66-71 de la UANL

LA NOCHE SE VA como despeñada, sin poder detenerla, estirarla un poquito. Ya va para las tres, de todas formas apenas es jueves, todavía no le llega el pánico aplomante, cuando se le aparece, como corte publicitario inesperado, la boca de pescado perverso del loco de Agrario: su voz cavernosa que seguramente le preguntará la ficha que preparó con menor interés.

La tarea de intentar concentrarse en el Código concluye, finalmente, con la llegada del Duro a la oficina, de regreso, después de haber andado recorriendo azoteas por las Mitras en la diaria noctámbula tarea de ventanear parejas a quienes el calor de la noche hizo dejar abiertas las cortinas sin mayores aprensiones. Siente los ojos irritadísimo, lo observa cómo cae en el sofá del recibidor soltando unas risitas irresolutas, de corte insolente, tornadas en ataques hilarantes, cuya causa sólo él conoce pero que igual hacen el efecto de contagiarlos a todos. ®

Con un rugiente estómago vacío, Roge se negará a acompañarlos al menudo en el Mercado del Norte, huyéndole a deber almuerzos que nunca puede pagar,

a sentirse obligado a condescender, a sonreír, a ser muy cuate porque le están pichando. Maldiciendo que los jefes le manden una mesada jodidísima que sólo alcanza para pagar el cuartucho, eternamente maloliente, en esa casa de asistencia atiborrada de chinches con un hambre tan agresiva como la suya. Le carga no traer ni para cigarros sueltos, y ya sin nada que llevar al Monte, viendo crecer la deuda cuya moratoria cada día le pesa más. Caminando por 5 de Mayo, se sobresaltará interiormente con una camioneta repartidora de leche que confunde con un carro de judíos.

Tendrá chance de dormir dos horas antes de llegarle a la reunión en la cafetería de Comercio, a la que, como es normal en él, llegará tarde. Beto le clava una mirada de ; nunca te lograste! La transa ya había sido contemplada: la presidencia y la secretaría de acción cultural para la JC; el consejo y la secretaría de prensa para ellos; para los Liberales la tesorería y la secretaría de deportes; la secretaría general y la de festejos para los priistas renegados.

Nomás no le pasa que los porringos se incorporen a la alianza, ya Beto le había explicado la necesidad de aglutinar al mayor número de fuerzas; que había que aprovechar la coyuntura, si andaban bronqueados entre ellos mejor para la raza. Para Roge que son orejas, nomás no le nace decirles compañeros, sobre todo al Pelos, con su mirada torva indescifrada, no se le olvida la madrina en el desalojo de la rectoría, cuando quisieron obstaculizar que la escuela participara en el movimiento pro autonomía, protegiendo el hueso de abrepuertas en palacio que les habrá ofrecido el gobernador.

En la junta, cuya solemnidad le recordó la entrevista de las familias en *El padrino*, se plantea, en primer plano, repartirse las escuelas a sablear. El grupo de Roge ofrece una cantidad que se tomará prestada a una mesa directiva que ellos controlan, del adelanto de los anillos de graduación; hasta los priistas desbalagados, que están tan tensos como el que más; muy precavidos en las intervenciones, asienten que en cuanto se gane será la primera lana a reponer.

Con el relajo de las desveladas, el Roge andará confundido con los horarios; ese día le entra un sueño cleptomaniaco, se pondrá los lentes oscuros y buscará un banco en la última fila del salón, mas la maniobra lejos de despistar al maestro, atraerá su atención como imán alquimio.

Lo ayudará estar, más o menos, siempre al día. Asume que los maestros valines saben que él es quien cada semana les atiza duro desde el *Gallo Rojo*. Que ahí tienen al predicador del cese fulminante a los maestros funcionarios públicos que no tienen idea de lo que es la cátedra: tipejos ineptos, faltistas, tomaclases, cobrasueldos; el que exige se les aplique un examen de oposición para ver cómo andan, el que denuncia, que en toda la planta no habrá arriba de un par de abogados calificados que puedan figurar de jurado. Quien redobla en cada número la labor de convencimiento por la eliminación de textos obsoletos, desligados de la realidad, como la *Teoría del Estado* de Agustín Basave y la *Sociología* de Genaro Salinas Quiroga, abogando por la inmediata reforma al plan de estudios. Por eso consiguió prestados todos los libros de texto con raza de los años superiores y ahí viene en los camiones repasando los temas que se están viendo. Tiene bien claro que habrá que ser un estu-

diante destacado, cumplir con el presidente Allende, un activista sin colas que le pisen.

La cita con su grupo: en el jardín de la cervecería. El Perro lo saca de su abstracción en las nalgas de Rosala, enfundada en un *jean* con calzador, y de la clase de Garantías: con grandes señas, como si estuviera dirigiendo el aterrizaje de un avión, lo llama un momento afuera para avisarle. En la junta se acuerda que a Vidales y a él les toca Rectoría y Prepas 1 y 3; desde esa noche a recabar fondos. Montoya se baja, al día siguiente Rolando y Martell se manejarán a la altura; en la Prepa cooperan: Horacio, Panchito, Hermilo, Mario, Luis, los maestrísimos. Lo mejor del recorrido es el chingoncísimo primer sindicato universitario del país que con Ruiz a la cabeza les concede la impresión de toda la propaganda: volantes, cartulinas, incluyendo las mantas.

Esa noche en la Facultad: junta de organización, informan los avances y se decretarán en sesión permanente; se ratifica el color negro de la planilla; los Liberales y Espartas a elaborar el programa de trabajo. Todos cumplieron con las tareas menos los retobados, que les dieran chance para el día siguiente; además se opondrían a que el lema de la campaña fuera: por la liberación de todos los presos políticos, que eso no tenía nada que ver con la escuela; no, nomás con la historia del país, pendejos, les dirá Marcia. Se disciplinarán por la votación en bloque de los otros tres grupos; Roge le sugerirá a Marcia que no se mande con los porros.

De ahí al Niágara y a la Daga: cordón negro, cartoncillo, resistol, pintura y pinceles. Ubican el centro del jale en el local de la sociedad de alumnos de

la ENSE, se trata de confeccionar cuánto artículo publicitario u objeto ornamental dé la imaginación: corbatas, medallones, carteles, mascadas, llaveros, distintivos.

Más tarde, cuando el Roge libra su diaria pelea nocturna contra los zancudos, a punto de caer dormido, la casera le dirá que tiene una llamada en el estanco de enfrente; la prima Rebeca, que anda de novia con Guerra, elemento de la Verde, como siempre brindando ayudas que nadie le pide, lo exhortará a que alerte a su raza, que se pongan listos porque los peludos priístas son espías y le recomendará que empleen un pegamento conveniente cuando coloquen la propaganda en la escuela. La Derecha acordó que la planilla Negra desgraciadamente va a carecer de publicidad en esa campaña, resolvieron: ¡Ni madres, son muy pobres!

En la fiesta que organizarían los renegados, al grito de: ¡A bailar unidos!, para obtener finanzas y en la que por falta de elemento femenino decidirán rifar tres chavas que llevarían del Siglo XX: quedará rota la alianza con los Liberales Progresistas. Charras, quien considera antipolítico pedir en la campaña la cabeza del director, se bronqueará con el Perro espartaquista quien lo llamará priísto camuflado; entre Pámanes y Argüelles lograrán separarlos.

Los Espartacos serán citados al "AL" a una junta relámpago. Discutirán la alternativa de unir fuerzas con los jotaceros, que han hecho cero actividad fuera de asistir a las juntas para negociar el resto de las posiciones. Se hablará de entablar conversaciones con los cristianos alivianados: los OCUS, que místicos y espirituales, algunos son buenas bestias, y eso sí tienen

las mejores viejas según el consenso general. Roge suplica que lo envíen de emisario, jura convencer a Adriana de las glorias del amor social.

La reunión con la Juventud Comunista arrojará saldos negativos, ahora que se ha retirado el grupo Liberal querrán la tesorería para ellos, intentando convencer que cuentan con un enorme grado de arraigo en la escuela, que son suyos quién sabe cuántos representantes de grupo, incluyendo a dos que casualmente estarán ahí presentes y declaran ser gente espartana. El puro afán de agandalle, como Monge en Bolivia con el Che, mascullará Marcia. Con el ánimo muy caldeado se opta por postergar las negociaciones, reconsiderar las cosas y convocar a una nueva entrevista, a la que fácilmente, como pronostica Beto, no asistirán.

Los mercenarios crápulas prineserupulis, que originalmente optaron por la unidad democrática, se rajarán aludiendo que no están dispuestos a ir a una derrota segura con una izquierda sectaria (recado de Roge a Marcia en una servilleta: Finalmente de algo sirvió que se acercaran a nosotros, aprendieron una nueva palabra) fracasada. Que los dichosos revolucionarios están bien arruinados, que aprendieran de los coparmex y los canacintros, ellos sí sabían lo que eran alianzas para defender sus intereses. Beto se anotará en la agenda echarse un café con Romualdo, que salió más picudo de lo supuesto.

La gente del jesuita Obeso está muy desorganizada en la Facultad, así que el grupo en el que Roge milita, solo, a la lucha electoral. Por la noche, ya cubiertos todos los puestos de la planilla, se quedarán acechando, tirados en los prados alrededor de la escuela, hasta que la mesa directiva saliente lance la

convocatoria; la engraparán en la pared más oscura del edificio, la vez pasada dieron plazo de una hora para inscribirse y por poco no la libran con unos puestos de comisiones inventadas que tenían que cubrir como cláusula inexcusable. Los liberales y los jotaceros se querrán aliar a última hora. A sentarse a la mesa servida, les espeta Roge. Marcia, toda ojerosa por la friega de la manufactura de la propaganda artesanal de los últimos días: ni madres, ni a deliberar con güevoncitos.

El terror empezará a penetrar en Roge a las siete de la mañana del día siguiente cuando Beto anunciará: tú presentas, así que buso; esto camino al primer grupo. Querrá separarse en el pasillo, atestado, para elaborar rápidamente un guión pero estará petrificado: la saliva huirá de su boca, las manos le sudan y no hilvana dos frases coherentes; intenta recordar las clases de oratoria en la prepa y las manos le parecerán instrumentos del ridículo. Nerviosísimo ve a la raza entrar al primer salón y reaccionará como autómatas cuando Franco le llame: ese maestrísimo de ceremonias, a la reja.

Con las ideas pantinándole en la cabeza, y las piernas flojas, alcanzará a trastabillar: comparece ante ustedes la Planilla Negra, cuando es interrumpido por una trompetilla general, y lívido verá a los muchachos abandonar el salón al grito provocativo de VERDE, VERDE, VERDE; y al último chavo dar un portazo tras un canallesco: los negros se la comen.

Con todo y lo ofensivo, experimenta un alivio por la eventual salida que le ofrecen los enemigos; la camisa pegada al cuerpo por la transpiración le hará sentir que el efecto del desodorante lo ha abandonado.

Las caras familiares en los grupos a visitar se le agolpan sin tregua: Rosala, quien le perdonó en la fiesta de los peludines su apariencia desmañada y sus pesados pies para el baile, quedándose muy pegadita junto a él, apretándose a su inexperiencia en las lides de la danza, sin mayores conminaciones. El primo que irá a rajar leña a Sabinas, a contarle a sus jefes que el Roge anda de equivocado con los rojillos, complotando.

Como temía, en el siguiente grupo sobreviene la fatal pérdida de imagen al arrancar: comparece ante ustedes la Planilla Verde que aglutina los elementos más representativos de la izquierda revolucionaria de nuestra facultad: no se trata de un grupo de raza desclasada, nos debemos al pueblo trabajador que con sus impuestos sostiene nuestra educación, estamos estrechamente vinculados con sus causas que son las nuestras: cuando sintió quebrársele la voz al pecararse que no había logrado conmover a nadie más que a sí mismo. Ante los rostros indiferentes del auditorio, colgado con el tiempo, virtió un sublime discurso de auto-agitación. Al terminar de hablar Marcia: junto al frigorífico ¡qué regada! que le dirigió Beto, algunos babositos les gritarían: ¡Sí votamos por ustedes, pero no lloren!

Lo enervaba la carencia de cuadros preparados para esas actividades. Que se disertara sobre la mínima propaganda; la autoconmiseración no era rentable, eso de que ellos eran los buenos, los independientes, los no subvencionados, nadie se la creía; luego denunciar que los porros les habían destruido la propaganda la noche anterior, cómo que tampoco pegaba; por más que se intentara vender la idea de que eso sí su programa de lucha era el más comple-

to.

Roge el fajador, en su grupo, frente a Rosala, deseará traer un cassette en la lengua porque las palabras se le enmarañan como los dedos de ella, aquella noche, enredados en su cabello, por la nuca, por el pecho. Está tan dolido por su actuación anterior, que se armará de un valor desconocido, e inspirado, se pronuncia de entrada por la huelga general, el renacimiento de la escuela y la inmediata adquisición, en caso de ser favorecidos por su voto, de equipo contrapolicía antimotines: no se tolerará que los salvajes tiras les saquen una lágrima más, como en la gaseada que les metieron por Padre Mier y Juárez la semana pasada. Al terminar, creyó haber salvado el honor frente a la dama.

La gran manta que tenían colgada al frente de la escuela, rota, será la primera visión con que se enfrente la mañana del día cero; de volada se enviará una comisión a la ENSE a transportar la otra que se había pintado la noche anterior, también se traerán los últimos carteles y los listones. Las compañeras de su grupo saludarán a los que hacen fila para votar con un beso, y les colgarán un distintivo negro, sólo en la mañana. Por la tarde, ya las fuscas se dejarán ver casualmente enfundadas en la cintura, al abrir el saco, en algunos elementos de la planilla adicta a la dirección.

La cafetería de Leyes no abrirá y el refine y el pisto será en los carros. En medio de las porras y los gritos de los diferentes bandos: Oro, Azul, Verde y Negra: Marcia le comentará a Roge que ha recibido una invitación del candidato a consejero de la Verde, hijo de un ex gobernador, para que una vez terminado todo se fueran a donde ella quisiera a celebrarla o a

consolarla, ofreciéndole un trago de una anforita de cognac: usted dice, mi reina, la lucha ideológica vale gorro. Nche culero, escupirá Roge.

Un conjunto fara fara que lleva la Verde, con un *showman*, maracas en mano, que baila taconazo, relajará un rat. las tensiones. Los Azules llevarán los mariachis.

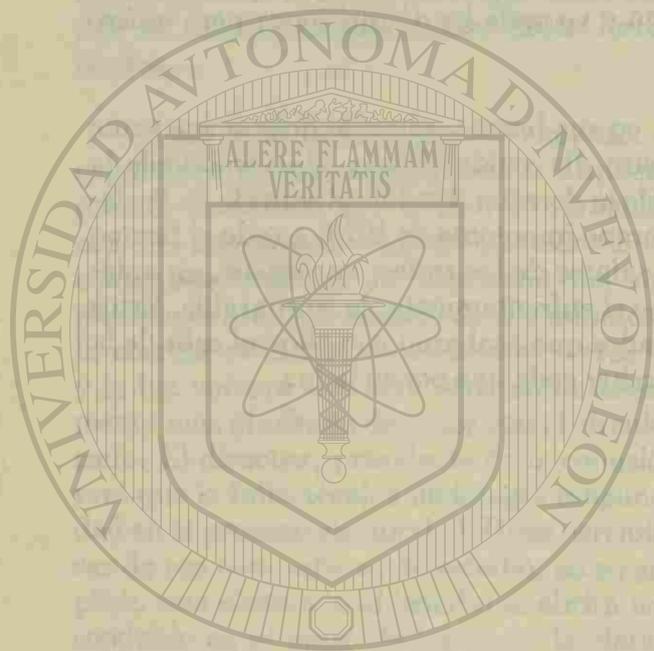
A las ocho de la noche: el cómputo. Esta vez no expulsarán al representante de la Izquierda, por supuestos insultos a la comisión de vigilancia electoral, como el año pasado cuando una mirada se interpretó como provocadora de alteración del orden. Inexplicablemente, por espacio de dos minutos se perderá la energía eléctrica, se escuchará cerrar una puerta, y la luz volverá con otra urna en la mesa ostensiblemente más abultada de votos con el círculo verde cruzado. El director, presidente de la comisión, considerará que la falla técnica no integra ninguna irregularidad en el proceso electoral. Y Roge percibirá en las caras de sus compañeros de estudio, en su silencio cómplice, una distancia abismal que abrirá una zanja insondable en el trato de los años; la clara convicción de las relaciones que deslindarán los campos en la vida.

El abrazo cariñoso, —no hay borlo compañero, que le dará Marcia al saber el resultado, se desbordará al cruzar el prado que separa a Leyes de Filosofía; en el baile, en la planta baja del edificio, con que la Izquierda celebra otro triunfo electoral en esa escuela, donde los compas sí cumplieron con lo suyo.

Roge recostando levemente su mejilla al cabello de la amiga, que en esa noche siente tan entrañable;

con los dedos sigilosos en su espalda, imantado a los senos, sus caderas, avanzando en la inclinación hacia su cuello, pegadito al vaivén de sus piernas; sin salirse de las aristas de un pequeño mosaico, despliega el desdoblamiento a lo incidental, reitera la afirmación de lo calculado en los roces casuales, las miradas desdeñosas de entre tú y yo nada ha de funcionar pero *quiero contigo*.

Marcia, en sus brazos, susurrándole suavemente al oído: nuestro día vendrá Flaco, ahuyentándole la triste resaca de la derrota; dándole el sentido de la claridad a ese verano impotente de 1970, a todo el tiempo invertido en zafarse de las tretas, en resistir, en aplazar al máximo el enfrentamiento, lo irreparable. Estos días amaestrados que acabaron con ellos al salir de la escuela y marchar cada uno por su lado.



Al aire libre
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



reparado, tenía la casa a mi entera disposición.

Andaba, como le diré, me sentía invadido por la vida: había una temperatura como de veinticinco grados, el tiempo sabía a introducción a la primavera, a brisa muy nueva, como para salirse a dar la vuelta, a disfrutar del aire libre.

Tenía el plan de buscar a Paco para irnos a rolarla al Ambassador, o por los bares del centro; me habían pasado una grilla que por ahí vieron, una de estas madrugadas, a una vieja amiga que tengo mucha ilusión de reencontrar; a final de cuentas se trataba de ver qué ligábamos. Ya iba rumbo a las Mitras, cuando en el cruce de Constitución y Venustiano, frente a la estatua del buen Juárez en su baño sauna, en el inter del cambio de luces me puse a bobear a los carriles vecinos y ahí, como si ya hubiera estado programado, enmarcada en la ventana de un Volkswagen celeste: una de esas miradas inevitables me planteó su invitación.

El compromiso con Paco desapareció ante la expresión insinuadora de esos ojos que no dejaban lugar a alternativas. Me tenían tan clavado que no reaccioné en el cambio a verde y el Volks se marchó a una velocidad vertiginosa; le vine dando alcance hasta que volteó por una calle del Obispado, cuando convencido de que la persecución era implacable, el celeste se detuvo frente a una placita semidesierta, decorada de árboles añosos.

Aquí, el valor marino desapareció, porque usted sabe, con tanto crimen a últimas fechas, de inmediato uno se conjetura que a lo peor se trata de alguien mala onda y en esas de andar de coqueto te van sacando una

navaja, o algo así, que no vive uno para contarlo.

Hasta no tener más elementos sobre mirad. sugestiva, decidí hablarle de auto a auto. Me tranquilizó encontrar cierto nerviosismo intimidado en su sonrisa. Como en la primera impresión, se veía muy bien, nada despreciable.

Las aprensiones reaparecieron cuando al —¿a dónde tan rápido?, siguió un desviar de su mirada hacia abajo; me pareció una actitud tan extraña, que estuve a punto de arrancar y mandar al carajo mi espíritu complicatorio gratuito de la vida, cuando en eso le dió un largo trago a una tecate, que obviamente traía entre las piernas.

Su —¿quieres una?, rompió los diques de cualquier recelo, no se imagina qué tono de voz, para sabotear cualquier tipo de desconfianza. Aquí operó mi dispositivo fantasioso: conmigo pasa que me gusta irme con la finta de que todas las personas que conozco en circunstancias excepcionales pienso que tienen que ser así como muy fuera de serie, claro, siempre ocurre que termino dándome frentazos en las aceras. Mas con todo y mis cicatrices le di de nuevo por las premoniciones y me persuadí de que estaba en el umbral de una experiencia única. Me pareció idiota estar ahí atravesado a media calle así que le ofrecí a mirada misteriosa un cigarro; lo aceptó y tecates en mano subió a mi auto.

Mientras cerraba su carro, le dí una rápida checada: alrededor de veinticinco años, corte de pelo cuidado, ropa *made in Mexico*, más o menos bien combinada. Lo que sí no me pareció nada conveniente fueron sus botas picudas, de evidente baja calidad, y

para colmo enlodadísimas, cuando, como usted sabe, no ha llovido recientemente en la ciudad.

Los otros detalles que me sacaron de onda fue que el pantalón luciera la tremenda marca, me carga la gente que se presta para servir de publicidad ambulante, y aparte, que trajera dos botones desabrochados a la altura del pecho con el evidente propósito de lucir las cadenas que colgaban de su cuello.

Observando la conquista de cerca, la emoción de inventar identidades iba en descenso; ahí me nació la primera intención de posponer la aventura y volver a mi mundo manejable. Paco ya estaría acordándose de mi mamá cada cinco minutos.

En eso, mirada inquisidora: ¿ton's qué onda?, con un dejo más bien aburrido, como con ganas de retirarse, de aquí no hay respuesta, y vaya usted a saber qué mecanismos atravesados se mueven en mi interior, que su desinterés me atrajo más que si hubiera demostrado la gran atención: —lo que quieras.

Recordé que ese día el biorritmo me pronosticaba condiciones óptimas a nivel físico, intelectual y emotivo; me dije: fuera prevenciones y opté por la audacia, la verdad no sabía si estaba guiando mi voluntad o la vida me estaba imponiendo una más de sus instancias imprevisibles para hacernos conocerla. Mirada trivial a mi lado, tomaba del tablero un ejemplar de la autobiografía de Buñuel para preguntarme si ese señor era el dueño del cine por Constitución.

Como usted sabe, hay frases que pintan claro el grosor del barniz cultural; le dije que en efecto ese señor era el propietario del cine, aparte de todos los Ox-

xos y Super Sietes del mundo. Era la clase de compañía que da entre lástima y vergüenza; sin embargo, había algo acá adentro que me impedía pedirle que se bajara del auto: tal vez ser fiel a una visión literaria de mi ciudad, penetrar hasta su médula al involucrarme con personas fuera de mi medio, vivir una fracción de vida propia, sin los modelos de los demás o a lo mejor en el trasfondo estaba afirmar una frágil independencia de la familia.

Mirada escudriñadora, descubrió los discos que compré ese día por la tarde, en el asiento trasero, para comentarme que el de las palomas en la portada, que dice: Canto General de Pablo Neruda, es la competencia de Rigo, que se le hace que ya lo ha oído. Estoy de acuerdo en cuanto a que el conjunto tropical de Neruda no la hace para nada.

A estas alturas, ya estaba decidido a seguirle de frente; en eso vino la invitación al cine, ¿al cine?, le dije, ¿qué no son ya como las once? A la función de medianoche contestó, con cierta excitación entusiasmada; ahí se dirigía cuando me encontró. De nuevo sentí que eso era ir demasiado lejos, podía emplear mi tiempo en cosas más afortunadas que participar en una correría cinefiloalcohólica, sexomaniaca y a todas luces estúpida.

Pero de alguna parte afloró otra vez el sentimiento parecido a enfrentar el reto, o a la piedad, y como se negó que le llegáramos a un bar: al rato le seguimos, me dijo; le hice segunda, y al cine.

En la sala me levanté al mingitorio y ya ahí tuve el impulso de mandar al demonio mi experimento de acercamiento prole. Qué tenía que probarme, que los

cuerpos, ropa al margen, son iguales, ya lo tenía pero muy bien asimilado. Mas a la hora de cerrar la puerta del WC, en lugar de dirigirme a la salida, enfilé directamente por el pasillo oscuro hacia el asiento junto a mirada atenta, que no dio indicios de interesarse por mi regreso, con la atención absorta en la película de la Kristel.

Al salir me entró la paranoia de encontrarme con alguien conocido; esta era la clase de amistad que jamás invitaría ni a una comida informal a mi casa. Ya en el auto estuvo de acuerdo en seguirle al Stein and Toklas, siempre y yo pagara. En el camino comentó que la película había estado muy "perpicaz", y que había valido la pena no haber ido esa noche a la prepa.

Yo juraba que su grado de escolaridad no rebasaba el sexto de primaria, pero ya nada importaba; ya tenía bien claro el boleto de que no debía sentirme superior y que ese pedazo de noche que seguía, habría que normarlo con otros valores.

En la disco, las defensas se bajaron por completo, nada era impropio, me quise conceder licencias de aliviane irrefrenable. Supe que su auto era de la empresa en que trabajaba y que no era cierto que estudiaba en la Prepa Federal —le pregunté por la raza del deportivo, que son amigos— sino que cursaba secundaria abierta. En una de esas, mientras estaba embebido con la música, viendo bailar a las parejas, me ofreció, con su boca, la cereza que traía el *tom collins*, y ese fue el tácito permiso para tomarnos las manos y sonreír ante el curso manifiesto que tomarían las cosas, cuando los movimientos de nuestras manos se desplazaban ya hacia otras posiciones sobre el pantalón de mezclilla desteñido o mi camisa de seda.

Cuando partimos del Stein, por poco y confundo con tobogán las escaleras de salida; la cabeza me daba vueltas cual periscopio ebrio. Lo natural fue irnos a casa sola; ese tramo lo tengo borrado, no recuerdo el trayecto, pero amorcito nuevo al volante debió haber seguido mis indicaciones: en Garza Sada volteas a la izquierda, todo de maravilla. Lo que sí me acuerdo y muy bien, fue ya en mi recámara, cuando la atracción se hizo jornada, kleenex y sudor con todo y clima, aliento e ingenio incontenible, reposo inacabado.

En una de esas, cuando uno siente que le faltan lenguas, manos, miembros, en plena agitación, en las de empezar de nuevo; la puerta se abrió abruptamente y apareció Toño, mi hermano, el que estudia en el Colegio de México. No avisó que venía este fin de semana. Se imaginará la de escenas, las telarañas melodramáticas: ¡pinche puto! ¡cómo es posible! ¡qué vergüenza! Ni con una vieja te habría perdonado que profanaras así la casa.

Tanta violencia me cortó el efecto de las copiosas; Abel, que así se llamaba este chavo del viernes, se vistió de volada, y con las prisas, cual cenicienta fugaz, abandonó su trusa pero ni un número telefónico donde localizarlo. Y la verdad es muy buena onda, la pura dulzura, me pasó cantidad.

Toño rajó leña con papá en cuanto llegó; se encerraron en el estudio, y aquí me tiene. Sabe doc, me cansa la falsedad, yo tenía guardado un recorte del *Excelsior* —que alguien me agandalló— donde aparece Toño, pancarta en mano, en una manifestación gay en el DF. El fue quien me inició cuando estábamos chavitos, por qué tanto clandestinaje, para qué tanta comedia.



UANI
Gente importante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tarde de sábado que te dedicó íntegra, porque iba contra sus principios prestarse a conceder calificaciones gratuitamente, así se lo ordenara el presidente de la república. Lo imaginas inerme, indefenso, totalmente ajeno a este encuentro que aproximas.

Sales a orinar y los naranjales ordenados armoniosamente, a la luz de la luna, te alucinan la nostalgia de una sensación de paz que ya tenías olvidada; del tiempo en que "el tanque" era apenas una bifurcación del estudiante mediocre, de augurios irrelevantes dentro del ejército de candidatos a cuadros "alferos", que destacaba en la intermedia del fut americano.

Cuando la afición por los trompos fue el punto de partida y la necesidad. Las cosas iban saliendo bien, el trago amargo de asumir la identidad ya había sido digerido, tenías hasta cierto orgullo por la leyenda de violencia que empezabas a crear, conocías el oficio y lo encontrabas francamente esperanzador.

La chamba en un principio te había parecido ridícula, que te pagaran por destruirles la propaganda a la planilla sindical de los rojos, por darle unas cuantas patadas en los güevos a algún estudiantillo que empezara a sobresalir como organizador en una de las pocas escuelas contestatarias que quedaban; por arriarle una caliente a algún consejero alumno que no quiera entender el nuevo rumbo que ha tomado la universidad, que se resista a admitir la derrota, como dice el doctor.

Todo estaba platicado, si acaso te apañaban en el numerito y hacía mucha alharaca la prensa, te entablicarían un rato, mas no pasaría de un año; eso te lo ha-

bía garantizado el propio gober, así muy privadamente, vía voz del procurador: si por pendejo te clachan, si te vi no te conozco, pero ya sabes nosotros nos movemos y todo arreglado. La recia que le dio el "chido" a aquella maestra gorrosa le salió en dos meses y con la compensación se compró un carro del año.

Torva y misteriosa, tu mirada vulgar, salida de la más nítida imitación de Charles Bronson en sus películas de intrépido mercenario, de pelado enigmático que habla estrictamente lo necesario, te ha ganado el respeto a las autoridades. Durante las reuniones con los directores, en el momento oportuno, ponderas las hazañas de los gurkas nepaleses. Cotizas a Boogie "el aceitoso" como el arquetipo a asumir.

Mas ahorita, mientras escuchas la programación nocturna de la radio, folklorizada con los comerciales de los Laboratorios Mayo y sus fósforos vitacal, todo ese enjuague de guerrero a sueldo te parece sospechosamente incierto; te sientes permeado por la vida en las aulas, no pudiste evitar que se filtrase en tu cabeza de piedra algún rollo de aquellas discusiones con el ingeniero en el café, cuando prolongaba la cátedra rodeado de raza y tú ahí de colado. Entonces los muchachos no podían imaginar tu presentido viraje; tampoco tú sabías hasta dónde llegarían las cosas.

Pese a todo, el viaje en el tobogán es irreversible, nada te separará a ese muelle paradero en que se te eliminaron los días de las torturas por las estrecheces y los trayectos en los camiones urbanos; dando paso a la buena ropa, las espléndidas comidas y los autos nuevos que te sientan tan bien, te vuelven gente importante, protegida.

Prometes más que el "loco" Roldán y el "tachones" Garza, en todos los planos, hasta en el de echar rostro en el Jaguar o en el Reno donde te aguantas los dos *shows* de la Viviana que te reanuda en la rutina de no dormir nunca; en que tu casa se vuelve un regadero y cambio de ropa; una imagen lacrimosa, vomitando de puros nervios, que te espeta su cansancio de recibir telefonemas amenazantes y anónimos por correo, dirigidos al "tanque", que si no le para a sus desmadres vaya comprando su terrenito funeral porque el pueblo también se cobra con sus verdugos. Una sombra que te rechaza los billetes de a cinco y diez mil que le dejas en la mesa, después de almorzar los chilaquiles que te reinstalan algo de serenidad a ese estómago que sientes lleno de lagartijas.

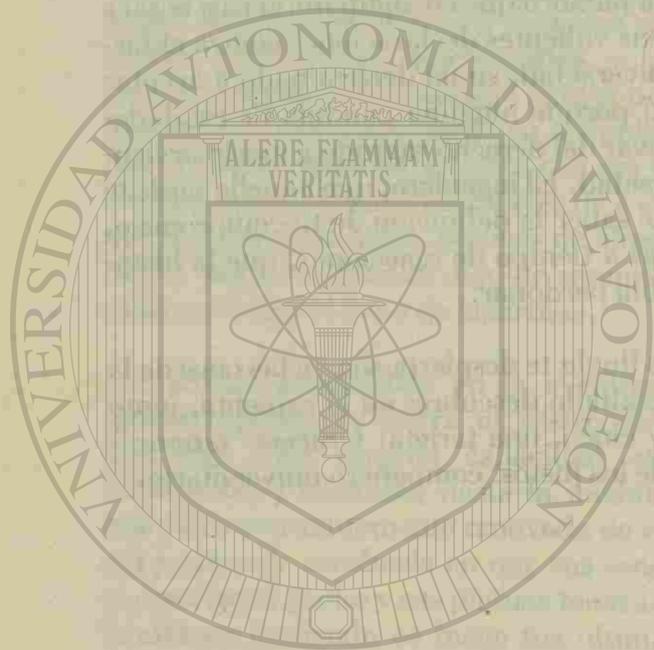
Rutina suspendida en la aventura de parar al mundo cuando se borra el rostro del doctor y se despliega toda aquella capacidad calificada para doblegarte, y excitado, hasta la médula, lanzarte en una tarea constantemente renovada de vaivenes telúricos y giros de acrobacia en que sus senos espléndidos te cincelan el pecho y sus piernas tenazas te aprisionan la cintura poniendo en juego tus últimas resistencias para cumplirle, obedeciendo a su radar interno: girarla, succionarte, sorberla, morderte y mantenerse incólume hasta su culminación, hasta desprendértela hastiado y no querer volver a saber nada de ella, por el momento.

Enciendes un cigarro y te recuestas en el asiento trasero; según lo previsto, interceptarás su auto dentro de una hora, cuando salga hacia Monterrey. El rocío empieza a cubrir el parabrisas, te parece excesiva la solución adoptada por la junta para el ingeniero, tan

prestigiado en los medios académicos, tan querido por sus alumnos, que a pesar de salir reprobados en su materia en un setenta por ciento, salen a la calle a exigir su reinstalación.

Secretamente admiras su integridad obstinada, su manejo de la palabra que en algún mitin casi te saca una lágrima; sus valientes declaraciones contra el fascismo en la universidad, su no determinado a aceptar su liquidación: porque ninguna pandilla de estafadores me va a privar del derecho sagrado a morir sirviendo a mi universidad. El ingeniero, que aquella tarde te dijo, a pesar de saber la definición de tu compromiso, que aún estabas a tiempo de reaccionar, que la historia también sabía perdonar.

Cuando la lluvia te despierta son ya las once de la mañana, sobresaltado descubres en la cajuelita, junto a la cuarenta y cinco, una tarjeta: *Gracias "tanque"* por ese sueño de los justos, compañero universitario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La rectificación

U
A
N
L

®

Rumbo al departamento, la radio con *Alone again, naturally*; hace que de nuevo broten los sollozos, piensas que está próximo el periodo, por eso andas tan susceptible, pero sabes que no es así. Recuerdas cuando tu solicitud de ingreso fue avalada por ella y te ayudó a hacer tu autobiografía. Cómo te descubriste en la relación que hizo de ti ante la escuela de cuadros, en la presentación de tu candidatura; todos los detalles de tu forma de vida, trabajo, pasado político, tu dizque capacidad y firmeza ideológica.

El baño reconstituye tus células y te va programando: tras cuatro meses de haber perdido el enlace, la toma de decisiones te pertenece. Cómo te hubiera gustado romper con las normas de seguridad y haber hablado con ella, como al principio, en que algunas liberalidades no hacían daño y te iniciaba en la infracción de los estatutos al tenderse en las relaciones horizontales, al margen del centralismo democrático, para terminar ingeniándoselas y así hacer juntas las tareas.

Ahí estaba Marcia sacando permiso con tus papás para ir a algún baile y pasarse la noche cociendo engrudo, para que los compas, tina en mano, se fueran a llenar de proclamas la ciudad: o ya vestidas de overol, lanzarse a las pintas de abstención activa en las noches de aquel setenta, en que más de una vez, perdieron brochas y botes en las corretizas huyendo de la patrulla. Para escuchar a Marcia despotricar, más tarde en el local, que ya estaba bueno de jugar a policías y ladrones, que las pinches pintas ni cosquillas le hacían al sistema, que ya había que educar la violencia entre las masas, impulsar la toma de terrenos, para seguirle con las industrias.

A largo plazo, era la frase común en estas tareas. Te reconforta pensar a Mony, a Esthela y a Rocío, en las mismas que tú, vueltas locas por la soledad, infiltradas en las junglas de los consorcios transnacionales, las industrias estratégicas, en las centrales oficiales. Ahorita, cuando estás a punto de jugar tu número, las sientes aquí cerquita, a pesar de las grillas mezquinas, de las discusiones de las últimas juntas, estás con ellas en el proyecto de destino común, la entrega a fondo, sin concesiones a la vida personal, les pareció flojo el trabajo abierto: confecciones, galletera, teléfonos, el movimiento popular. Aunque ahora, este paso no sabes cómo lo van a interpretar.

A largo plazo, repites, mientras descansas un poco los brazos al peinarlo con la pistola secadora. No hay prisa, no te desesperes, se tienen que fijar en ti. Pero tú ya desconfiabas de tus supuestos encantos y de que la acción realmente representara algún avance importante; hasta dudabas de que existiera ese servicio de secretarías especiales al que habrías de incorporarte.

Las compañeras del banco con quienes has salido ocasionalmente a tomar un café al Ambassador, o algún tarro a la Cabaña, son del tipo de mujeres atemporales, que no tienen idea del mundo en que les tocó vivir, jamás leen, ni la prensa; sosas y persignadas, discípulas de Jacobo, se mueven en la dinámica de la simplicidad total; su conversación se nutre de chismes de los artistas y chistes del peor gusto; jamás has intimado con ninguna, te preguntas cómo es posible que un ser humano pueda vivir con esa pobrísima vida interior, o si acaso realmente la tienen. Añoras a tus compas, sus agudezas, su estilo picudo de

trato, a veces hiriente pero estimulante; recuerdas la última reunión en que las viste, cuando se les entregó la otra documentación, el dinero, y las direcciones de los nuevos alojamientos.

Alcanzaste a Marcia en la terraza, lo único que le dolía era separarse de su flaco, con quien apenas tenía cuatro meses de pareja, a su voz aminorada: tal vez no lo vuelva a ver, siguió el otro tono iluminado: tenemos que demostrar que somos mejores que ellos, no hay que tolerar que se nos trate como seres inferiores; nos tocó desenyerbar el terreno, la lucha será más fácil para los que vienen; necesitamos locales, autos, *offsets*, aparatos de sonido y muchos fondos para preparar y sostener cuadros profesionales, de tiempo completo; ya llegará el tiempo en que podamos rifar casas para allegarnos dinero.

A tu papá, lo estuviste preparando tanto con la lucha por obtener la beca, que hasta a ti te convenció la alegría con que les comunicaste el, ahora así, agárrense porque la Alemania Occidental les va a regresar a la mejor física en ingeniería nuclear del mundo. Mensualmente, un compañero que se encuentra haciendo su doctorado en Bremen, te envía las cartas de tu familia, tú mandas las cartas de respuesta a las que él pone los timbres y regresa a Culiacán; en la última, tu mamá, dice que si no hubieras leído tantos libros enemigos tal vez ya estarías felizmente casada y sin problemas.

Cinco meses pasaron, desde tu cambio a Monterrey, para que finalmente aceptaran tu solicitud; las entrevistas psicológicas fueron minuciosas pero ya tenías todo grabadísimo: mi cambio a esta ciudad obedece a que mi única hermana estudia aquí,

nuestra mamá murió recientemente y no hay buenas relaciones con el padre, decidí venirme a vivir con ella, en la casa de unos tíos. El certificado de contadora privada del Colegio Verbo Encarnado, las cartas de recomendación de un banco de Mazatlán, del que se sus-trajo una papelería y la investigación de las mismas, como tenían previsto con el jefe de personal, que es camarada, hicieron lo demás. Tal vez influyó un poco también, que le dirigieras al director del departamento una que otra mirada de coqueto desamparo y de mi vida está en sus manos, para terminar de vencer.

La cera para depilarte el bello sobre los labios, te dejó irritada la piel, deseas que se te borre para la hora de la cita. Ahora que sientes consolidada tu situación, los agónicos primeros días en el banco son casi una sombra borrada. Las otras cajeras viéndote con un aire de superioridad, de esta lenta no sabe hacer nada, como efectivamente pasaba, estabas más inútil que nunca; ante cada error, la asesora que te tenían asignada en la caja, crecía ante tu ineficacia, hablándote en un tono de perdonavidas. Los clientes te ponían nerviosísima, jamás pensaste que te fueras a encontrar tan desolada. El tocador era una isla, la imagen que te devolvía el espejo no era la tuya: tus pies empeñados en rechazar las medias y los zapatos de tacón alto, extrañaban los huaraches. La comezón que producía el *spray* en tu cabello endurecido hacía que doliera más tu larga cabellera en el bote de basura de la sala de belleza.

Conforme entrabas en confianza con algunas empleadas del banco, su compañía te sirvió para terminar de afinar el esquema; aparte de avanzar en el dominio de la técnica del ligue, del despliegue de

sensualidad, aprendiste a fumar con elegancia, a tomar con propiedad, modular la voz para eliminar el acento sinaloense, lucir los trajes ceñidos, caminar segura con el tacón de tafilete, mover los aretes despreocupados y a sufrir las largas sesiones en las salas de belleza para traer las uñas arregladas y cuidado el corte de pelo. En el proceso de adaptación has tenido que mantener un estado permanente de alerta para vivir fingiendo, para asimilar los lineamientos de las *Bazar* y *Vogue*, para estar al día en la moda, las mascarillas, los perfumes, el maquillaje, los colores; en la plena rutina del apoyo a los dictados *cosmo*.

El compañero Javo, desde su puesto de chofer, en la casa del objetivo, indicó que ese era el banco al que solía asistir a las juntas de accionistas. Su foto, en una visita presidencial, recortada de un periódico de la hemeroteca municipal, era la única referencia física que tenías de él. Tan sólo lo has encontrado una vez y, en efecto, tal vez porque no te había visto antes, te desnudó con la mirada mientras esperaba el elevador. El Javo lo tenía bien psicologizado en la debilidad por el personal femenino.

Pero también sabía que únicamente entablaba contacto con un reducido grupo de empleadas, que ejercían ese trabajo marginal para la casta dirigente del banco, mas tú no acababas de identificar a ninguna, era un círculo muy cerrado. A veces pensabas que te habías equivocado de banco, pero no, Javo había escuchado de su existencia durante una convención bancaria; había toda una infraestructura, los señores no se iban a exponer a andar exhibiéndose con alguna secretaria.

La táctica a seguir fue diseñada en una entrevista

con el enlace que revisaba tus avances; le sugeriste una maniobra que tal vez daría resultados. Con sus mejores trajes empezaría a ir al banco, siempre haría cola con Mina, la cajera que tú detectabas más sospechosa, insinuándose con ella. A la octava ocasión, junto con el cambio del cheque, una tarjeta de presentación con un nombre que no coincidía con la placa de bronce que tenía la chica enfrente. Por fin. Llamó, la conserjera le dijo que la muñeca esa costaba diez mil pesos, dos horas, que tenía que llevárselos a ella y que al entregarle el dinero le daría la dirección del departamento. La niña trabajaba de cinco a siete, José reía cuando te repitió las palabras de promoción: *vespertinos* y *amables momentos*, en horas hábiles, *afuncionarios* y *ejecutivos* que tienen un horario fijo para llegar a casa.

Una vez establecida la conexión te sería más sencillo integrarte, pero entonces eras tú la que se resistía; y si era inútil y el objetivo ni se llegaba a enterar que tú andabas por ahí, y si se llegaba a entablar la relación y tú no respondías a las expectativas, después de todo, así como muy buena, en la cama, no eras, debería haber gente más experimentada; lo que había era que no te resignabas a hacer el amor con alguien que nomás no. Se suponía que ya estabas preparada para ello, lo tenías que asumir como un operativo político. De pronto los compas se te hacían una caterva de perfectos imbéciles, y veías a la revolución fuera de tu vida, como que era muy alta la aportación que te exigía; creer que por haber ganado un certamen de belleza en la facultad de ingeniería de la UAS te volvía capacitada para seducir señores.

Demacrada interiormente, a punto de abordar a Mina, se perdió el contacto con el enlace, no asistió a

tres citas seguidas, y tú aprovechaste la coyuntura para aplazar el paso. Por esos días se iniciaba el asedio, todavía inconfesado, del gerente, quien, según te enteraste, era hijo de otro accionista importante del Consejo Nacional. Te urgía restablecer algún tipo de relación con la Coordinadora, para que se te diera línea; te parece que priorizar la alternativa gerente con vendría a la comisión de información; sabrían de primera mano, con tiempo para organizar acciones: fechas de convenciones nacionales, lugares de las juntas de accionistas y consejeros, tal vez hasta habría acceso a las listas de personajes y sus programas de hospedaje y actividades.

El funcionario es joven y te inquieta su interés, no acabas de ubicarlo en el plano exclusivamente político. Te confunde que la gente sin grandes compromisos con la vida te pueda parecer agradable, hasta cautivadora. Sin contacto con la organización aceptaste su primera invitación a comer; decidiste avanzar por la libre, preparas un informe sobre la evolución de la relación. Lo has estado viendo casi todas las noches de las últimas semanas. Has sido muy cuidadosa con los temas de conversación, para crearle el marco de confianza. Obviamente, le manejaste tu parentesco, por el lado materno, con los Rosenleuer de Sinaloa, consideras que el anzuelo de la afinidad de clase nunca falla, ya te sientes de su círculo.

Anoche te dijo que no quería que aceptaras invitaciones de nadie más para salir, que quería formalizar las relaciones; al principio te sonreíste por dentro, creíste que finalmente había resuelto manejar el viejo gancho preacostón efímero, pero al tercer café, en el Residence cuando finalmente se atrevió a tomarte la mano, sudando a mares, te convenciste que el candor

era auténtico. Tan sólo con seguir la índole de sus conversaciones, habrías tenido elementos: de sus amigos y las novias avanzadas, de los viajes con sus papás, de los autos arreglados para las carreras. Anoche empezaste a aprender las anécdotas de la historia familiar, que en su reducido universo, tendrás que acostumbrarte a reescuchar asiduamente.

Hoy cumpliste cuatro meses sin que se haya reanudado la comunicación con la Organización. En los últimos días, el periódico te trajo la detención del "Camilo Torres" de aquí y la foto de Antonio masacrado. La noticia de la muerte de Guillermo en el DF no ha dejado de machacarte la nostalgia. El Memo amado. Aquel comentario al margen, que manejó tu enlace, en la última entrevista, de la incorporación de obreros al movimiento armado tendrá que haber sido una información falsa, para moralizarte; porque en los diarios no has leído otra cosa más que allanamientos, docenas de heridos, enfrentamientos por doquier; temes lo peor: en el despegue, la desarticulación de la incipiente unidad, del proceso de unificación con los demás grupos militaristas del país. El aislamiento del embrionario ejército popular.

Te viste conducida a realizar la tarea unilateralmente. Buscas en el botiquín algunas gotas para atenuar lo enrojecido de tus ojos, es la tercera vez que los remaquillas. Esta noche vas a aceptarlo. Mientras pasa la escalada, vivirás un éxodo que dismantelará parcialmente tu destino. Rectificarás sin abandonar las armas, ya no puedes escapar, no estás preparada para ver pasar de lejos a la vida, entrarás, por un momento, a la vieja casa de la monotonía para integrar más eficazmente su extinción. Te tocó sobrevivir, sabes que Marcia aprobaría este repliegue necesario.



UANI
Hasta el viernes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nos instalamos en el prado, unos chavitos le llegaron a bañarse frente a nosotros y nos pusimos a hablar de los hijos, de que cuántos y de que cómo les vamos a llamar. Luego no crees que me salió con la novedad de que como anda pasado en faltas en una materia, una secretaria de su escuela, que quiere con él, le dijo que no había borlo si salía con ella una de estas noches; según él muy derecho conmigo para que luego no me fuera a enojar.

De regreso, ya anocheciendo, entramos a la Ciudad de los Niños; me subí a la estatua de Dominiguito Savio y lo besé en los labios, me dijo lo iba a buscar para cantarle un tiro, te digo. Cuando cruzamos un jardín de prohibido el paso, donde mi amor se enredó gacho con el alambre de púas: lo de siempre: ¿qué no somos novios o qué?, y a desabrocharme la blusa y, cómo que te estás mandando mucho, y, como que eres muy papelera, y, cómo que no te mides nada ya con mis *panties* a las rodillas y con un miedo atroz de que pasara alguien cerca y yo ya estuvo, forcejeando; y no, gorda, a ti te falta mucho, pero mucho para ser mujer. Que nosotros ya estábamos casados, que firmar papeles era puro formulismo, para culminar con el viejo rollo de que vamos a estar más unidos y de que nos vamos a enamorar más.

Cuando llegamos a la casa, mamá le había preparado un pastel de chocolate y también había hecho tamales; como todavía no estaban cocidos, mi amor se fue al patio a jugar fútbol con mi hermanito, mientras yo le ayudaba a mamá a hacer la salsa.

En eso llegó papá y la cena de cumpleaños de mi amor le pareció una chiflazón y se fue al cine con Jorge, que acababa de llegar de la casa de un amigo de

la secundaria; diciéndole a mamá que le tenía más atenciones a ese desnutrido de barrio bajo que a él. Con la amenaza de que eso iban a hablarlo.

Terminando de cenar, después de haberse despedido muy atentoso de mamá, se fue de voladita calculando que ya era el tiempo en que papá podía regresar. Con todo, el provocador, me dio un beso largo en la puerta pidiéndome perdón, porque me regalaba puras mortificaciones, pero ahora que saliera de 'enésimo' de Arquitectura todo iba a cambiar, para en seguida salirme con un 'no me pidas cosas imposibles' ante un 'mi amor' en tono de pliego de peticiones.

Como era de suponerse, la película no le cambió el humor a papá, quien llegó de vena y después de entrar sin tocar a mi cuarto, tras el no te mandas sola, dio marcha atrás al permiso de traer novio a casa y que hasta quedaban prohibidas las llamadas telefónicas de ese "pelado zonzo"; que quién se creía para ir a la casa a agandallar comida, como si el país estuviera en auge; y que más le valía que en la vida se le ocurriera atreverse a llevarme gallo porque ahí mismo, en la banqueta, lo mataba.

Total, que hasta me prohibió traer a casa el *Proceso* y el *Nexos*: pura gastadera ¿para qué crees que tomé la suscripción del *Visión* y *Selecciones*? Y me canceló los permisos para ir a pasar las noches con Nora y Betty, justo ahora que empiezan los exámenes: que quién sabe qué clase de vida desordenada llevarán un grupo de muchachas foráneas que viven solas en un departamento. No más veladas de burlas sueltas por los senos inadvertidos de Nora, mi ausencia de cintura, o los vellos excesivos de la Betty. Que nos condenarían, en un descuido, al ostracismo lesbiano.

Al fin y al cabo las mujeres éramos mejores seres humanos que los hombres.

Y no creas que ahí paró la furia. Hoy por la madrugada a eso de las cinco, me despertó con un escándalo de azote de puertas para de nuevo irrumpir en mi recámara sin tocar, prender focos y encender la radio a todo volumen, porque él a mi edad ya trabajaba y yo ahí echadota: para lanzarse sobre la pancarta que guardé de *souvenir* de la pasada manifestación de apoyo a los maestros despedidos. Como que no le gustó ver pegada en mi closet la leyenda EN UN REGIMEN DE LIBERTAD LOS HOMBRES VIVEN, ESTUDIAN Y TRABAJAN MEJOR QUE EN UN REGIMEN DE REPRESION. Te juro que no entendía el odio; con una entereza, que no sé de dónde salió, me dijo: gajes de primogénita; salté de la cama, apagué el ruido y me dispuse a hacer mis quince minutos de yoga, y no crees que ahí llega papá de nuevo, con la escoba y el trapeador, para que dejara de estar fantocheando y me pusiera a hacer ejercicio. Lo cierto es que tanta cólera matutina me originó una risa loca que tuve que ahogar en la almohada; si no aquel hombre, en serio, me asesina. había un rencor, de aquellos, en sus ojos.

Lo bueno de todo es que llegué a tiempo a Psicología Industrial; ya te había hablado de ese maestro, que se levanta todos los días a las cinco para ir a correr a Chipinque y que le encanta tener todas las ventanas del aula abiertas, a las siete de la mañana, con un friazo. De pronto que se me clava, y yo observando a Dalia, que toda la hora se la pasó haciendo corazones en su cuaderno que decían Isaac y Elizabeth, con un halo de tristeza en el rostro; y como que no le gustó que no lo estuviera pelando: señorita, quién es usted, no logro ubicarla, ¿ha asistido a esta clase?; se dirigió

al escritorio, me observó ya con los espejuelos y buscó mi nombre en la lista. Claro, eso divirtió mucho a los muchachos y se animaron un poco en su clase, que es un plomo.

Hay algo sintomático en este desinterés que me inspira la Facultad; aprendo más en las reuniones del círculo de estudios que dirige Marcia, la chava de quien estoy enamorada; aunque tengo que admitir que las sesiones en su casa eran mucho más agradables que en ese cuarto deprimente que rentó en la vecindad por Hidalgo, donde está viviendo desde que la corrieron sus papás.

El trato con los compañeros del grupo ya tiene sabor de nostalgia; el último año de universitaria, y de pronto ahí estoy en el salón como observándome, como si una cámara de cine oculta estuviera registrando estas imágenes que quisiera llevar muy grabadas para siempre. Hoy llevé unas revistas cubanas a la biblioteca, para tumbarles algunos cadillos anticomunistas a la raza.

Cuando fui a comprar cigarros sueltos a la cafetería que me voy encontrando a ese paisano, que está increíble —otra vez esta palabrita sangrona que me pegó la prima Gloria—: ese chavo que se volvió aristócrata a raíz del periodo en que su papá fue alcalde de Anáhuac; que está como en tercer semestre. Aquél de quien te conté en el baile de fin de año en el casino, cuando papá, encarajadisimo, se la pasó con que siéntate bien y que arréglate el escote del vestido; porque el niño atrevido, desde la primera pieza que me sacó a bailar, muy pegadito, tú, valiéndole gorro el pueblo. De buenas que no trascendió, porque te imaginas la reacción de este enajenado.

Al mediodía en la charla de sobremesa, papá se mostró muy interesado sobre cómo voy en la escuela, que no descuidara la oportunidad del estudio que él no tuvo; yo nomás volteaba a ver a mamá, imaginando la bronca que seguramente tuvo con él por la violencia de esta mañana.

Te voy a tener que esconder en un lugar más seguro, hoy vi a papá con un diccionario que sin duda tomó de aquí del librero, qué tal si por casualidad te hubiera encontrado, la que se arma. Sin el menor recato se habría enterado de mis intimidades pero, claro, eso no tendría nada de inmoral en su caso.

Estoy tratando de cumplir con lo que le prometí a mamá, ser muy cuidadosa en el trato con su marido, intentar establecer una armonía familiar, aunque me parece que sus inclinaciones pacifistas de *wonderful world beautiful people* no son más que otra variante de su televisiva concepción de la felicidad tipo Los Walton's. Cómo va a ser posible establecer un cese inmediato de hostilidades con un sujeto transtornetas que te despierta vociferando que tu generación es la más degenerada de la historia. Mamá y sus tesis hechas, de que una buena hija, ha de ser necesariamente una buena esposa y luego una buena madre; y quién sueña con todos esos destinos manifiestos.

Ahorita mismo le voy a escribir una carta a mi hija, si es que llego a verla grande, si es que llego a concebirla, si es que no muero antes. Decirle que la autorizo a que me desaparezca, a que me envenene, si en algún momento por mi incomprensión llego a herirla profundamente, llego a provocar en ella una desolación semejante a la que ahorita me hace sentir papá.

La condescendencia en la comida se evaporó hace rato cuando, abruptamente, me apagó el estéreo, al darse cuenta de que estaba en la sala oyendo discos mientras estudiaba para el examen del lunes.

Con aquél, nomás no puedo tener una conversación; hace ratito que intenté platicarle de lo que pasa en casa, me salió con que cómo le habría hecho para traerme tan mal; ante la cara de desaliento que sin duda porto, siguió con que había que conceder que cortó a todas sus novias por mí y me regaló una pluma que le dieron cuando fue de visita, con su grupo a Cementos Hidalgo. Lo cierto es que a pesar de que es tan bestia me siento bien en sus brazos y en su boca. Con todo y que hoy me dijo que si no había iris porque una compañera de su escuela se le ofreció para posar desnuda en la realización del trabajo final de dibujo natural. El puro chantaje presionador.

Recordé aquella vez en que nos separamos muy encarajados con ánimos de hasta aquí llegó, por lo de siempre: es puro cuento que me quieres, los que se aman hacen el amor, y como que tú ya te columpiaste demasiado. Y pasaron tres días sin saber nada de él, y una semana, y diez días; y yo tronando parcial tras parcial sin lograr concentrarme en la preparación de clases, sin retener nada más que su ausencia. Y le tuve que platicar a mamá a la tercer noche que me encontró llorando quedo en la sala; escuchando los discos de Pablito y Amaury que él me había regalado. Me dijo que el sexo lo encontraría en cualquier casa de citas, que esperara, que Carlos me quería, iba a volver.

Pero nada, a los quince días de silencio cedí. Y ahí voy, toda nerviosa, desde el público de la cafetería: —Quisiera saber si se encuentra en la posibilidad de

comunicarme con uno de los alumnos, es urgente. No se puede porque no hay sonido para vocearlo, de quién se trata. —Gracias, su nombre es... estudia décimo semestre, no sé en qué grupo. Mire, casualmente lo acabo de ver en el pasillo, un momentito, voy a mandar al mozo a ver si lo alcanza. —Muchísimas gracias. Bueno. —Hola. Qué pasó. —Quisiera poder hablar contigo. Cuándo. —Hoy. Dónde. —Salgo a las siete de la escuela. Ah nos vemos.

Las veces que habíamos hablado de la ruptura; que íbamos a ser muy honestos: cuando quieras dejarme me hablas derecho y yo a ti también. Sí, pero yo te me adelanto. Y este infame se me desaparecía sin hablarlo, después de diez meses de vernos casi todos los días.

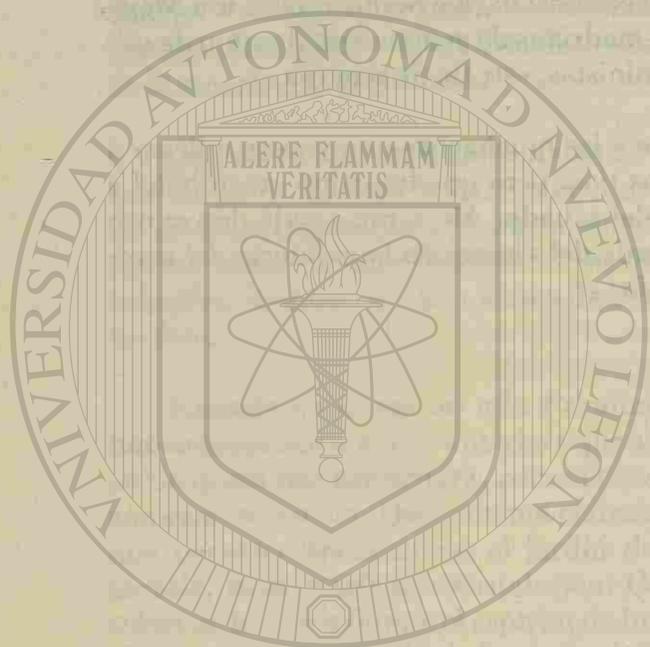
Cuando pasó por mí a la Facultad, como si nos hubiéramos visto el día anterior: que ya había conseguido quién nos presentara, para conocerme otra vez y empezar de nuevo. Que ya tenía elaborada una manta que pensaba enclavar en el jardín de entrada a la escuela, para exigir su reinstalación. Que aunque mis rollos de la disciplina, y el espíritu de lucha superior, y el valor en la búsqueda de la perfección lo tenían muy aburrido, quién le mandaba que le gustaran día'madres las piernas de una repugnante colorete.

Hace un rato, mientras caminábamos por Ciudad Universitaria, después de que un tipo con una linterna nos corrió de los prados de Filosofía, de pronto me entró la premonición de que después de esta noche nunca volvería a verlo, y mientras lo palpaba, lo besaba, en tanto detenía el pañuelo para que no fuera a manchar su pantalón; comprendí toda la esterilidad de estos meses de caricias regateadas; todo ese buen

tiempo que habrá de llegar a ser. Se me vinieron encima aquellas noches que no sabía de él, embrutecida por el dolor de haberlo perdido.

Después de mil llamadas de compañeros, que se hicieron pasar por maestros, y visitas de amigas de la escuela, papá accedió a darme permiso para ir a México a invitar de madrinas de generación al grupo de psicoanalistas feministas, este fin de semana.

Ya les dije a las muchachas que yo voy a llegar a la casa de unos tíos, pero que les caigo en su hotel a primera hora del sábado. Ah, y me quedé de ver con mi amor, la tarde del viernes en la cafetería del aeropuerto del de efe.



El precio a pagar

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La jaula de oro, te dijo una vez René, en una de las visitas relámpago que hace a Monterrey, y lo soltó sin rencor, sin mala leche, sin sombras moralizantes, mientras descubría en un rincón de la biblioteca aquella foto de Martínez Verdugo, que le tomaste en un congreso. Y sin embargo, por ahí andaba el sin-sabor, por ahí flotaban las jornadas juntos en el festival de Sabinas, con las normalistas de Galeana; los tiempos de estudiante pobre, de las horas largas junto al café sableado a los maestros de las charlas intensas, de las explicaciones presentidas; de las furtivas novelas expropiadas de la Iztaccihuatl; de la neta amistad, al recibir en préstamo un libro subrayado, donde el cuate te hacía compartir sus puntos importantes; los días del tráfico de sambas: Carlos Lira, Vinicius de Moraes, Antonio Carlos Jobim, Astrud Gilberto; de las páginas de poemas de Rimbaud y Pound arrancados a los libros de la Biblioteca Franklin, que regalarías más adelante a Marcia, cuando así por dichosa casualidad te la encontrabas en algún camión rumbo CU; los años imborrables del descubrimiento de qué la educación te la tenías que dar tú mismo; del ejercicio de la vida, los días de la fuerza, que no supiste en que momento se te escaparon.

Enciendes un cigarro, de pasada cambias de dirección la antena de conejo sobre la tele, para ver mejor el tres; los programas para la mujer, en la misma vía del retraso mental, te traen en los comentarios la banal alegría sobre el triunfo del equipo universitario; quién iba a decir que tú, a quien el deporte comercial causaba repulsión, habrías de volverte adicto para congratarte con tus superiores, y poner, en su momento, caras de genuino entusiasmo, de gran confraternidad.

Son las nueve de la mañana y en la cuesta del desgano total, decides darte un regaderazo; primero buscas en tu bolsa de calle la agenda para anotar la renta del videocassette de Casablanca, para echártelo el fin de semana. Tienes que ir preparando la junta directiva de la noche, está la grilla con los del grupo y hay que llamar por teléfono a los aliados: que no te vayan a faltar; con la campañita de *El Norte*, es fundamental la asistencia para la votación.

Te vistes con el conjunto beige que te compró Patricia en Amigoland; te resulta agradable estrenar con frecuencia; ya con las cadenas y la esclava de oro puestas, te encuentras atractivo y poderoso, si no fuera por el malestar de quién sabe qué mal sueño con que te amaneció el día.

De pie, en el antecomedor, tomas el jugo y un yoghurt. Al abrir la cochera, la belleza de la Sierra Madre cubierta de nubes grises te reproducen, como en el sueño, la secuela de la angustia contenida; esa sensación de autominusvalía, desasosiego inexplicable que, como mal tercio, suele presentarse cuando todo ha de marchar bien. El auto del año te compensa suavemente y pones un cassette de *Bread*; quedaron atrás los días del milagro, aquellas mañanas en que sin encontrar quién te ayudara a empujar el carronato, sin dinero para taxi, no te quedaba otra alternativa que acudir al democrático.

Tienes que pasar primero a Rectoría, por unos documentos. Las bardas te traen profusamente las pintas electorales, *México: creo en ti*, aunque hoy te oprima el PRI. Recuerdas las sonrisas de tus compañeros del grupo, cuando especularon colaborar económicamente en la campaña de la raza porque, como es

tá la crisis, podrían ganar, y entonces siempre es conveniente tener tendidos puentes.

En la gasolinera, una muchacha de Volkswagen te dirige una mirada ligadora; te entristece que el entusiasmo por iniciar nuevas relaciones haya decrecido con los años. Interiormente, te intimida que tal vez parte, o todo el interés de la chica sea por el estuche, y un poco contrariado, te pones los lentes oscuros.

Si hubieras sabido el giro que tomarían las cosas con la sucesión, no tendrías en este momento la úlcera sangrando. La revirada era de esperarse: abandonaste a "los amigos" y las traiciones, tan sencilio como eso, no se perdonan. Todavía no te explicas de dónde te salió la miopía para no calibrar la correlación, cómo se te alcanzó suponer que conspirar con la Izquierda se gregada que trabaja en la Universidad te habría de reeditar posiciones más ventajosas; que hasta en el plano total de la lucha psicológica, te atreviste a alardear de tu "fuerza", a todas luces inexistente.

Todavía no asimilas en el paisaje al centro de informática. La bruma matutina de ciudad universitaria te trae las clases en la Facultad, cuando el loco de Economía citaba a las seis de la mañana, con un frío ejemplar y la humedad del rocío en el viento, golpeando la rendija de cara entre la bufanda a rayas y la gorra de estambre roja de Marcia, en el pasillo frente al jardín, panfleto en mano, después de haber pasado la noche en blanco junto al mimeógrafo de la escuela.

En el elevador, un antiguo compañero de generación te sume en la perplejidad al invitarte un café, palmada al hombro, con el clásico: n'hombre es que tengo un hermano sin chamba. Acalorado e incómodo,

frente al despistado que aún te considera agencia de colocaciones, no sabes si tomarlo como una agresión o como voto de confianza.

Así está tu número: si el Gobierno decide implementar la orden de aprehensión, siempre cobrará matices de orden político. Mientras tanto tienes que seguir figurando, los artículos en la prensa con sesgos disidentes dan imagen, aunque ahorita, como están las cosas, no sabes qué intereses hay detrás de la avenencia a publicársete cuanto material presentas; tal vez alguna bronca interna de la IP contra la administración, quizá es que tus textos duros, que ni tú mismo te crees, no ofrecen el menor peligro y das margen a que se maneje el viejo juego de la libre expresión.

En el estacionamiento, saludas a aquella chica de Biológicas que fue novia de Claudio, la efusión con que agitó su mano te hace pensar en los alardes de rompecorazones de tu hijo, quien también, para acabarla, ha contribuido con su parte a la rachita. Cuando lo tienes cerca terminas abrumado, siempre temiendo algún sarcasmo, que de pronto aflore su testaruda recriminación, no totalmente asumida. Si tan sólo no existiera la nómina de seguridad.

Estas vacaciones sí le darás permiso para que use, con sus amigos, el condominio de la Isla o la villa en Las Hadas: que se relaje, que entienda que el poder tiene un precio. Que no te vuelva a salir con el cuento de la otra noche, en que te despertó con un escándalo de patadas en su ropería, y llegaste hasta su recámara para contemplarlo, hasta el gorro, tras haber quebrado el espejo, gritándote iracundo, que le caía en los güevos que la raza le cantara que su jefe era un pinche

transa, que no aguantaba las provocaciones de los activistas de su escuela y que menos sufría la protección que le brindaban los porros. Para terminar desafiándole a golpes, con un ardor que no le conocías, cuando le planteaste la necesidad de abandonar la Universidad.

En el auditorio, mientras aguardas a que se cubra el quórum para iniciar la junta, escrutas los rostros de los asistentes: te alertó la frialdad de los aliados y la omisión del beso, en el saludo, de las maestras que siempre han jalado contigo. Te refuerzas: nada podrán contra ti, cualquier acusación implicaría sacar a la luz los nombres de gentes que ocupan posiciones de primera importancia en el equipo del jefe de gobierno; además, con los antecedentes de este señor, un acto de justicia alcanzaría las dimensiones de la represión, que a nivel nacional tendría un eco especialmente inconveniente, próximas como están las elecciones.

Vuelves a casa, desolado, hoy se presentó el día. En quienes estaba salvar tu permanencia en la Universidad, tu grupo, tus protegidos, por quienes negociaste puestos de dirección, a quienes les abriste espacios, conciliando intereses para mantener su presencia definitiva en la toma de decisiones; todos los incondicionales, los que, gracias a ti, se hicieron de auto nuevo, de casa propia, de finca en el campo; tus amigos de la paz comprada por todos estos años: no se presentaron.

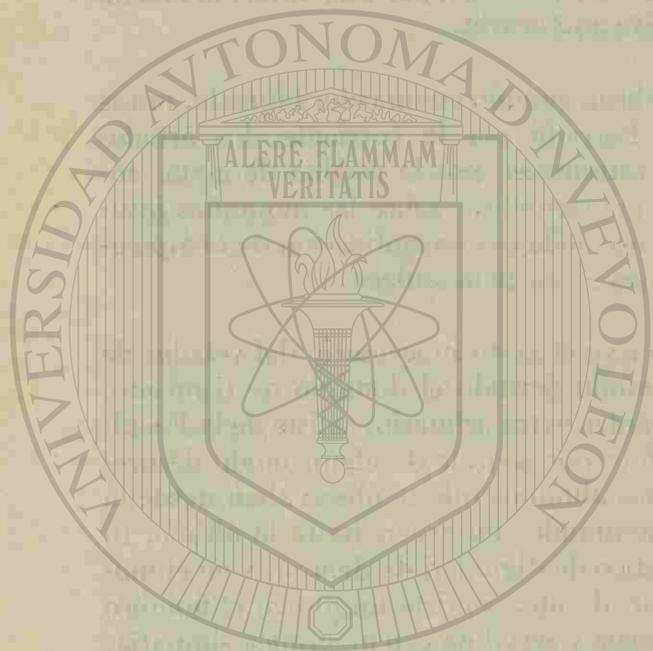
Patricia no ha regresado de Laredo. Sientes un vacío en el estómago casi insoportable. No hay tristeza, tan sólo fastidio y abulia, una suerte de entumecimiento del cerebro. Se extinguió el sexenio, no ha-

brá más concesiones, tu imprenta irá a la quiebra segura: No metes el carro a la cochera, con la idea de volver a salir, de buscar alguien para hablar, aunque sabes de sobra, las reservas hacia tu vida claudicada. Quién asumiría la insensatez de escucharte y además cómo podrías defenderte. Tu hermosa casa está en silencio, ninguna conversación por despuntar, ni una palabra cerca para ampararte.

En el umbral, sumido en un calor húmedo, miras la calle casi borrada por la corriente, los árboles del jardín se estremecen por la cortina de agua, entre los rayos que centellean sobre las montañas intuyes, turbado, que toda esa escenificación de tiempo a ciago y revoltoso es por tu desenlace.

Te conmueve el gesto innecesario del velador de la escuela, cuando perdido el dominio de ti mismo, presa de un pánico extraordinario, saliste de la Facultad esforzándote por sonreír de algún modo despreocupado a unos alumnos que te observaban desde la explanada; intentando conservar, hasta lo último, tu aire característico de dignidad desdeñosa, y en el momento de subir al auto, sentirte tocado en el hombro por una voz torpe y servil de extemporánea simpatía: Es que el director provisional ya tenía la nómina desde 'ora en la tarde.

Sigues despertándote al amanecer, sólo que ahora lleno de un dolor asustadizo, de un miedo cuajado de tensiones invisibles; sintiéndote extrañamente apriisionado, absurdamente concluido; como si, en el sueño, hubieras perdido horas vitales, con la febril opresión de que había algo urgente que deberías, sin subterfugios, haber hecho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por el sur

JUANIL

®

parecieron una blofería y te sentiste como en aquellas transfiguradas que te metías en el convento de la Cruz durante los encierros de los ejercicios espirituales. Te veías asistir al florecimiento de tu vocación misionera en las miradas arrobadas que te despertaban los rostros tercermundistas de tus niños, bajo el techo tambaleante de una dudosa cultura que amenazaba caer sobre sus vidas tempranas, y a cuya transfusión tú estabas encomendada.

Una de esas noches le pediste a tu mamá que se olvidara de andar visitando parientes influyentes, de arañar las oficinas perdiendo mañanas enteras, haciendo antesalas para conseguirte una plaza en Monterrey; le escribiste, muy cívica, diciéndole que era criminal eludir el compromiso con estos pueblos olvidados y decidiste cambiarte a vivir allá. Inexperta en la montura, no resistías la cadera destrozada y tu ingle ardorosa, por la diaria cabalgata de una hora desde Zaragoza hasta el poblado.

Terminaste por sentirlos de los tuyos al escucharlos decir, todos orgullosos, que hasta donde ellos sabían era el único pueblo neoleonés que se había negado a que les *enjaletaran* una iglesia frente a la plaza; contigo tampoco funcionó la evangelización y *de nada sirvieron las monjas como dice Serrat*.

Aunque barruntas que el arraigo a ese pedazo de país niño, que había que ayudar a crecer, empezó con el contacto de sus manos jornaleras en tu talle, al bajarte del caballo, un poco por ayuda y otro poco nomás a ver qué como después te confesaría.

Empezabas a adaptarte al horario del campo, no añorabas más el lecho conocido, sobresaltado con el

ruido de los camiones urbanos y los silbidos de las fábricas. Asimilabas la nueva rutina para ir a la cama, a eso de las nueve de la noche. Ahí no había periódico que te programara alguna audición, una conferencia. Cargar con alguno de los libros de la obra de Proust e irte a instalar bajo un árbol junto al río, acompañada con el termo de café, una portola y el paquete de galletas saladas, que era el mejor manjar que se podía obtener en el *super* del pueblo; era la experiencia más agradable del fin de semana.

Aquí todo el equipaje de apuros y tensiones se quedó guardado, sólo lo entreabrías llorando, un poco riendo, con las cartas de Marcia que te enviaba los periódicos de la Liga y te echaba porras por tu elección a los días rurales y tu "grandeza de espíritu"; y las de Dany, que hacían escarnio de tu miserable suerte porque no conocías el nuevo bar *gay* que era un tiro y se podía quemar —discretamente— y fajar en abundancia, y te ibas a quedar con las ganisimas de ver un ciclo de cine feminista porque cuando volvieras ni esperanzas que lo fueran a reponer, y ahí mandaba el último de Vargas Llosa por aquello de que se te estuviera cayendo el barniz y la nueva FEM para desbrocharte el cerebro.

Y te quería, te extrañaba un chorro, porque al fin y al cabo, tu conversación inteligente siempre fue un buen gancho con los chavos cuando andaban las dos en el rol. Compadecida execraba las manías misantrópicas que te hacían perder tan lastimosamente estos meses y hacerle tan pesada la existencia mientras financía, ella sola, los gastos de ese departamento que dejaste desnudo al traerte contigo todas las fotos ampliadas de Zapata que atesoras con devoción, porque siempre has estado enamorada de su imagen sere-

na y aguerrida, de sus ojos de orgullo magullado que sin saber cómo tropezaste en la mirada de Mundo.

Sapiste que Pablo y las promesas de amor eterno quedaron desvanecidas la noche que lo escuchaste, exaltado y brutal, en una sesión del comisariado ejidal cuestionando el cacicazgo de los Ancira. Más tarde sabrías que él también te sintió predestinada. A partir de ahí lo repasaste desde los días en que salía a tu paso, así como quien por casualidad, haciéndose el enconradizo, con su rostro hermético y su mirada profunda, inclinando la cabeza a guisa de saludo, acudiendo solícito al verte salir por el recodo, para ayudarte a guiar el caballo al cruzar el río, no fuera a ser la corriente. Cobraron sentido las visitas al azar, cuando lo descubrías, súbitamente, junto al resquicio de la puerta de la escuelita, el cuerpo descansado, los brazos cruzados, los ojos premonitorios, como esperando.

Y cada fin de semana que te quedabas, consentías en la postergación de la entrevista con Pablo, con quien no te sentías deshonesto, porque esto era una experiencia necesaria: a la que hacías concesiones: tornabas las cosas fáciles, sin dobleces, confiándote a esa dicha infantil ya oxidada que renacía desmantelando diques esmeradamente contruidos.

Eran días de encuentros indecisos y noches de íntimos presagios y a la ansiedad iba aparejado el desconcierto. Fueron dos meses de pildoras inútiles, anticipando contactos, invocando caricias laboriosas, furtivas y firmes. Cada vez los indicios era más claros y habría de suceder en cualquier momento, no íbas a malograr el encanto del instante primero con inportunas precauciones orales.

Y fue en un atardecer del Dr. Atl, al recoger la leña para el brasero de la escuelita, cuando lo descubriste entre los árboles, lúcido y expectante y todo fue volar de ramas al aire; fundirse en un abrazo largo y reparador, y fue la suspensión del paisaje, sus labios codiciosos en tu boca, y unas manos bienvenidas recorriendo tus contornos, hurgando y atrayendo el infinito en los destellos de tu puerto interior: una ausencia necesaria en la alfombra de pasto, el cielo rojizo decorando los espasmos con suaves tonalidades, el perfume impregnado de los pinos saturando tu pradera y en la nitida escenografía vespertina, tu iniciación en la plenitud, tu dominación del horizonte al desplegarte en el rubor encendido de la tarde, afiebrada, cálidamente llena del saludo frutal en el descanso satisfecho.

Con él no hubo más portadas ni follajes; desaparecieron los puntos de referencia, no cabían las comparaciones, ni todos los lugares comunes anteriores: porque todas las del salón ya se habían acostado, y tú también, claro, pero todavía no; y te clavabas en las pláticas de las compañeras que le llegaban al departamento, y te recreabas y te reías en las plasticidad de las crónicas sexuales; en el juramento que hiciste con ellas de que ninguna llegaría virgen al matrimonio.

Y aprendiste en la cafetería de la Normal; en las noches de guardias durante la huelga, y eran los rumores marinos que te llegaban y confundían y el tenue balanceo penumbroso de los huipiles; y así lo repetiste en la primera ocasión que te escapaste a Saltillo con Pablo, que estaba igual de lento que tú. Como esperaron a que tuvieras próximo el periodo, para así llegarle sin temores, esa misma noche te bajó, y aquel sádico que quería ver sangre en la cama, a pesar de todo lo

que te hizo llorar, no supo si el flujo era por su triunfo en el camino estrecho o por la regla. Al día siguiente, de regreso en el autobús, te dejó caer violentamente, el clásico: con cuántos lo habrás hecho anteriormente.

Lo perdonaste, claro, había que conservarlo; a pesar del chantaje, estaba el temor de que cometiera alguna indiscreción, de que en la casa se enteraran, o que en la escuela llegaran a manejarlo, y para retenerlo perfeccionabas las ficciones, los tremendos gozos falsos, los éxtasis de la orgasmia, increíbles y mentirosos: ¿acabaste? ¡Sí, padrísimo!

Aquella noche invernal te fue dado asistir al esplendor del descubrimiento y fue su aroma viril, sus manos labradoras sobre montes, abriendo surcos, regando parcelas; con ese amor que sólo puede experimentar el hombre que posee la tierra porque de ella vive.

Y eran los despertares afables con sabor a musgo en la piel, con su silencio olvidado en tu almohada. Y en cada encuentro, sin previa cita, se reinstalaba el asombro por su calma ritual para amarte y tu nuevo talento; con los días relajados, sin máscaras ni presiones, con tus caricias sin maquillaje aferradas con las uñas al final culminante.

Mas el fantasma ilustrado no te dejó tranquila, y en momentos, aquel ser cariñoso e inofensivo, lucía ante tus ojos como el pastor rústico que era, y lo encontrabas grotesco y desaseado, sin conversación, torvo: sin gracia. Era insufrible, te repugnaba su cuerpo. No tolerabas su mirada inaccesible, su ingenuidad asida a promisorios mundos de reivindicaciones. En esos instantes hubieras deseado mil veces las horas aburri-

das junto al Paul o a cualquiera de tus antiguos compañeros: escuchando sus hazañas, sus anécdotas mil veces oídas, que al fin y al cabo forjaban los dulces puentes de lo familiar.

Y las crisis llegaban tras la dicha de los sentidos, con el sopor ausente, y te acometía una confusión tremenda, una nostalgia inaudita, y te jurabas mandar todo al carajo y fletarte a Monterrey pero ya. Para luego, en la soledad tomarlo todo en sus debidas proporciones y descubrir que el malestar anímico no era Mundo quien lo originaba sino el costal de broncas tuyas, muy personales, que no tenías por qué mezclar con tu trabajo, con los niños.

La visita de Dany, quien se aventuró un fin de semana a acompañarte, hizo con su presencia que te sintieras muy sola; rotuló tu perspectiva de polvorienta y destartalada. Te alegró la noticia de que Marcia estaba viviendo con Eduardo, pero su charla animada e inconsciente te trajo la angustia de antaño y agradeciste su partida sumida en un pesimismo que hasta te quedó holgado por el tiempo que tenías de no ponértelo.

Desde que recibiste la carta de tu mamá pidiendo que fueras a la ciudad para resolver la posibilidad de una permuta con un maestro que trabaja en Guadalupe y vive en Arramberri has recapacitado en el valor de estos días silvestres y conciliados; arredrada, has abrigado la ilusión de que sucediera algo imprevisto, algo extraordinario, de que se te diera algún indicio, que se presentara una señal y así definir lo tuyo con Mundo.

Daniela y Pablo vinieron a recibirte a la Central

de Autobuses y entre abrazos y miradas cariñosas deciden irse a comer al Regio. En el asiento delantero, Dany al volante, recuperas la atracción que el Paul ha ejercido siempre sobre ti, observas de reojo sus finas facciones españoladas. Toma tu mano y pasa su brazo por tu espalda a la altura de los hombros. Su piel delicada, sus uñas limpias y bien cortadas, su gusto para vestir de tono casual, el aroma postizo de su loción, te sorprenden agradablemente. Te sientes conmovida por la suavidad de su pelo que acaricias de paso mientras te arrellanas en su pecho.

Después de la comida, en que de nuevo experimentaste esa vieja tristeza que trae consigo alternar con gente que está en la comedia sin fin de la conversación inteligente; te lanzarás a las librerías para llevarte una buena dotación; no volverás hasta los cursos de verano. Algo parecido a la serenidad aflorará en los recovecos de tu vida interior; en la lejana serranía del Sur del Estado, tienes tu Mundo por construir.

Número equivocado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

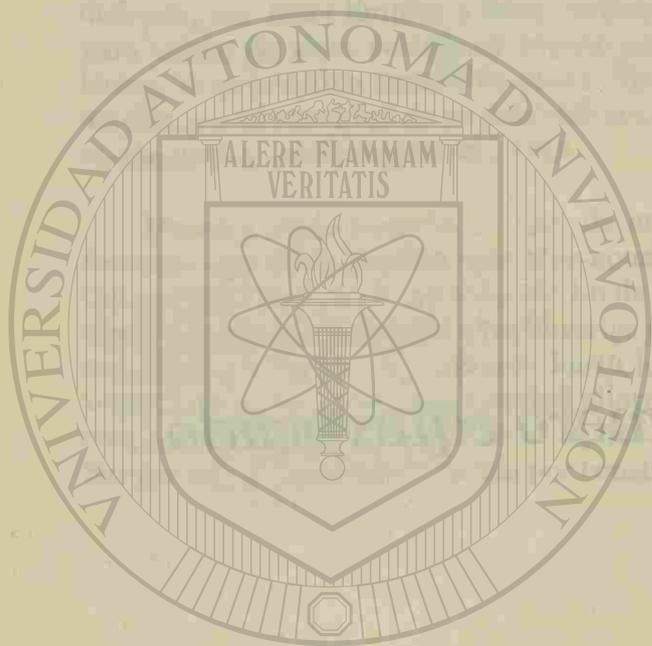
de Autobuses y entre abrazos y miradas cariñosas deciden irse a comer al Regio. En el asiento delantero, Dany al volante, recuperas la atracción que el Paul ha ejercido siempre sobre ti, observas de reojo sus finas facciones españoladas. Toma tu mano y pasa su brazo por tu espalda a la altura de los hombros. Su piel delicada, sus uñas limpias y bien cortadas, su gusto para vestir de tono casual, el aroma postizo de su loción, te sorprenden agradablemente. Te sientes conmovida por la suavidad de su pelo que acaricias de paso mientras te arrellanas en su pecho.

Después de la comida, en que de nuevo experimentaste esa vieja tristeza que trae consigo alternar con gente que está en la comedia sin fin de la conversación inteligente; te lanzarás a las librerías para llevarte una buena dotación; no volverás hasta los cursos de verano. Algo parecido a la serenidad aflorará en los recovecos de tu vida interior; en la lejana serranía del Sur del Estado, tienes tu Mundo por construir.

Número equivocado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...que me había traído de Moscú. Era una tarde espléndida y me lancé al Girasol, con media hora de anticipación a la cita. Seguramente Licha se había ido a Linares con los niños porque recuerdo que disponía de tiempo para mí. Verla entrar fue una corroboración de esas que se sienten como premonitorias, supe que incluso sin la bufanda la habría adivinado. Había sido tantas veces inventada a través de los matices de su voz.

CUANDO empecé a alterar los informes sobre Marcia, no lo recuerdo, tal vez fue por diciembre del 71, durante las vacaciones de navidad, aquel día de su cita con Eduardo en que mencionó que se pondría la bufanda roja que éste le había traído de Moscú. Era una tarde espléndida y me lancé al Girasol, con media hora de anticipación a la cita. Seguramente Licha se había ido a Linares con los niños porque recuerdo que disponía de tiempo para mí. Verla entrar fue una corroboración de esas que se sienten como premonitorias, supe que incluso sin la bufanda la habría adivinado. Había sido tantas veces inventada a través de los matices de su voz.

Llegó antes que él y en algún momento, mientras tomaba el café, reparó en mí, distraídamente, para volver a enfrascarse en la lectura de un libro; a intervalos levantaba la vista para ver, con cierta melancolía, las máquinas que devastaban el jardín que los señores de la Ciudad Tienda SyR decidieron hacer estacionamiento.

Conocerla físicamente me puso en un estado de nervios como de adolescente iniciado: sus ojos lumi-

nosos, el fino pelo endiademado con un paliacate rojo, los rizos revueltos sobre la frente, su figura deportiva y elegante. Pero lo que más me impactó fue su sonrisa, ese gesto simpático como de quien no la creía que hizo al saludar a su camarada. Fue como un reto, un desafío, en ese momento supe que algún día me habría de ganar un abrazo así. A partir de ahí se me volvió una necesidad hacerme presente en sus días, entrar en su vida.

Por el tiempo en que me separaron de la Central Mayo para instalar esa oficina con cien líneas de aparatos extensiones, nunca imaginé que un trabajo de rutina me tendería esta encrucijada; que la empresa decidiera ubicar mi planta en el mantenimiento de ese servicio. Como la chamba no era muy pesada cuando les faltaba algún empleado entraba al quite de emergente y, en una de esas que el jefe se dio una vuelta, y supo que le hacía un poco a la mecanografía: pues por qué no le entras, te sostenemos el sueldo de Teléfonos y aquí tendrías otra entrada.

La idea no me gustaba nada, porque una cosa era ayudar cuando se ofrecía y otra jalar, estar con ellos. Yo había estudiado en la Alvaro; anduve manejando el comando, moviendo brigadas en el 68, y ahora, en las asambleas del Sindicato, pues dos tres estaba con la raza que pugnaba por desafanarse de los charros.

La cosa no me gustaba ni madres, pero estaba recién casado, con un chorro de gastos y Licha esperaba el primer bebé. Total que las méndigas presiones me orillaron; también me decidió la circunstancia de que la empresa no iba a enterarse. Desde ahí empezó la vergüenza y mi gradual distanciamiento del edificio sindical; la mentira cuando la raza me preguntaba el

día de la raya, en dónde estaba asignado.

Fue por entonces que el virtual descubrimiento de Marcia, en uno de los cinco teléfonos que debía monitorear, empezó a llenar de sentido los días.

Cuántas veces al estar transcribiendo algunos cassettes, me aturdían sus desdoblamientos: de una conversación contigo, al borde de las lágrimas, diciéndote que se sentía horriblemente, que no podía más, que los compañeros, aparte de carecer de una mínima cultura general, nacos e ignorantes cerriles de todo lo que no fuera el discurso político, eran inmundamente machistas: ahí estaba la historia del camarada que dejó llena de moretones a su compañera porque ésta le exigió el divorcio, para terminar violándola. Que no estaba segura de que fueran revolucionarios por una libre elección ideológica o por enfermedad mental: ahí tenías al otro compañero que se dedicaba a enamorar compañeras para robarlas.

Que la revolución estaba llena de sinvergüenzas. Lúmpenes que no tienen existencia fuera de la militancia, que si se les quita de ahí dejan de existir, que hacían del desaliño y la falta de aseo personal otra bandera, como si hubieran visto en alguna foto a Lenin sin su traje impecable. Que despreciaban al movimiento *gay*, cuando en ellos mismos revelaban un sinnúmero de tendencias homosexuales al impedir el acceso de mujeres a los puestos de dirección — porque finalmente los hombres se entienden mucho mejor entre ellos, se admiran, se retroalimentan, se festejan los chistes, siempre tendrán motivos para los roces casuales, la oportunidad de tocarse. Compañeros que distraían fondos de la organización, de las cuotas, de la venta de periódicos para ondas personales.

Para enseguida contestar, sin la menor sombra de cuestionamiento a nada, sin registrar cambio alguno en su tono de voz característico, como de quien le echa muchas ganas a la vida: sí compañero, ya está listo el informe de los movimientos de este mes en las sucursales señaladas.

Y ahí entraba yo a cambiar sucursales por escuelas; no me explicaba qué les hacía pensar que el sólo trámite de cambiar de número y de nombre al teléfono, era suficiente para estar a salvo. Incluso llegué a pensar que Marcia cometía deliberadamente indiscreciones comprometedoras porque quería terminar cuanto antes con esa ilusión de vida constructiva, se había percatado a tiempo de su inutilidad, pero no tenía salida, no había marcha atrás.

Quise mucho, en ocasiones en que la sabía desoladaza, aparecer en escena. Marcia llamándote la noche de fin de año del 71 para pedirte que fueras a su departamento, que le horrorizaba estar sola en esa noche y tú sin poderla acompañar; para luego marcar, por única vez en los cuatro años, el teléfono de su familia, y colgar.

Llamarla para decirle que me resultaba imposible continuar escuchándola declarar, cada tres meses, sus "estoy locamente enamorada de ti" a Nacho, a Raúl, a Memo; para al final del ciclo oírle llamarte en la madrugada, en tono estremecedor, que le abrieras cancha en tu cama, que no podía seguir, que necesitaba los brazos de un ser humano para sentirse menos estragada, que al día siguiente iría a jalar por ti a la galería, pero que la sostuvieras esa noche, que estaba llegando a la conclusión de que los hombres la dejarían siempre, que las costras de que hablaba Lewis en

Los hijos de Sánchez, que van endureciendo a los mexicanos hasta que no les duelen los golpes, a ella nunca se le habían formado, que estaba más vulnerable que siempre —Nata, serán las ganas de tener alguien cerca permanentemente, en cuanto se dan cuenta se vuelven crueles. No vuelvo a decirle a un hombre que lo amo, en cuanto se entere que me gusta, dejo de interesarle; tú sabes Nata, le pongo tanto interés, por qué fallo siempre, por qué los pierdo. ¿Dónde están los hombres que no se quiebran?

Yo, Natalia, a esas alturas, me apuntaba con ella, quería decirle que no todo estaba perdido, que en mí, por ejemplo, podría encontrar el cretino que estaría dispuesto a aguantarla siempre, a partírsela con ella toda la vida, como sus fantasmas familiares exigían, que jamás la dejaría colgada de la brocha, como tanto canalla que le había conocido.

A veces me sorprendía un indescriptible sentimiento parecido a los celos cuando el teléfono permanecía ocupado por más de tres horas en su departamento, cuando sabía que se había citado con alguno de los hombres con los que soñaba envejecer.

Me indignaba que no relacionara contradictorias la bestial disposición hacia el trabajo y su persistencia en la búsqueda de afecto. Reprobaba su conducta, sabía por sus conversaciones contigo, de su necesidad compulsiva de estabilidad: —aunque me tenga que acostar con todos los hombres de Monterrey voy a tener mi compañero de planta. Sin embargo, en todos los amores que le conocí siempre lo echó todo a perder por sus prioridades políticas, incluso con los propios camaradas cuando le llamaban para pedir una tregua: qué tal si dejamos el formato del periódico para otro

día, traigo una morrita. —¿No que las viejas éramos las débiles?, véngase a jalar, a darle.

Me apenaba con ella por sus romances indefinidos, sus declinaciones; sus rupturas me calaban tanto que sus llamadas para pedirte la botella de Fundador —en la quincena te la repongo; me movían a llamarle para decirle que su pinche voz de socialista de café me tenía bien jodido, que la invitaba a hablar, a escucharla, a agarrar la jarra, que le ofrecía mi hombro; mis brazos, ¡chingado! Sus llamadas a medianoche, Natalia, quejándose del frío, que de seguro no iba a llegar a la primavera del 73.

Pero cómo iba a abordarla; cómo iba a tomar mi presentación —figúrate que aquí donde me ves no soy ningún extraño, tengo algunos años de conocerte; mi siniestro trabajo me ha permitido penetrar en tu intimidad; nomás pensarlo hacía que me ruborizara. No, ante ella tendría que ser el hombre superior, maduro, comprometido con su tiempo, que tenía diseñado para su futuro, desde que la oí por primera vez. Tenía que preparar el terreno, todo habría de ser descuidadamente casual, como el encuentro de Santomé con Avellaneda en *La tregua*; aquella novela que leí en la prepa.

Sin tener la menor idea de mi existencia, me provocaba líos con Licha, cuando según esto, me daba por nombrarla dormido y ahí estaba aquélla, despertándome frenética, encabronada: yo matándome en la casa, encerrada con los escuincles para que el señor se dé la gran vida con la tal Marcia, con ese nombre de puta. Y yo ahí, inerme, demasiado consciente de lo absurdo, de lo ridículo, ante aquella voz áspera y peleadora: te voy a pescar con tu movida y la que se te va a

armar.

En esas noches me dio por rondar su edificio de apartamentos; apunté la dirección cuando un compañero de Aguascalientes le llamó para enviarle un paquete con propaganda del gremio ferrocarrilero. No quería tocar a su puerta, esperaba que sucediera algo imprevisto que me permitiera conocerla; lo único que conseguí fue un pantalón roto por una corretiza que me pusieron los nada amistosos perros del barrio. Iba a las funciones de cine, a que te invitaba, con el ánimo de identificarlas por alguna corriente de simpatía misteriosa.

Evitaba regresar a la casa, aunque estuviera agotado me ponía a dar vueltas a la ciudad, que era tal vez lo único que compartíamos, y por ahí andaba las horas de la noche, escuchando su voz sedante y arrulladora en las copias de los cassettes que más me turbaban: sus tesis clasistas sobre los dos centros, el de Morelos con sus tiendas finas y sus bares caros y la Calzada de las palmeras, dispuestas, ahí como por error, con sus cines descotizados por la maldición clasediera; y el corazón de la ciudad en el Colegio Civil. —Si estamos condenadas a morir aquí hay que hacer cosas para que pasen cosas, mira Nata, lo ocurrido en los Constitución fue la última noche de una época, después de ahí nada será igual; qué te parece si mañana en la madrugada nos lanzamos a tomar *El Norte* por asalto, para poner en primera plana la noticia de la desaparición del PRI y los festejos a celebrarse en el ex templo de El Roble.

Regresaba a casa aturrido y de mal humor, tendido en la cama, oyendo la respiración de Licha, me determinaba al día siguiente, sin barras, llamarla para

pedirle una cita, hacerle ver que su solicitud a la escuela de cuadros de la Organización era firmar su sentencia de muerte; que me desolaba su entusiasmo; su romanticismo trasnochado no le servía para nada al país, a la raza no le importaba que ella y su grupito les anduvieran haciendo el favor de darse en la madre por ellos.

Que no fuera truculenta, los judíos no repararían en su brillante educación, sería una comunista más a coger, a atormentar. Que ya dejara de parodiar personajes: —oye Nata, cuando nos lleve, habrá alguien en este pueblo que escriba sobre nosotras, como la Hellman de su amiga Julia, como las cosas lindas que he leído de Tina Modotti. Que no quería perderla, como si alguna vez la hubiera tenido.

Me pasaba las noches en blanco, registrando los ruidos exteriores del barrio, sabía el destino de los informes, de alguna forma era también un verdugo, me sentía exhausto, asqueado, culpable, cuando el sueño me vencía despertaba súbitamente, con un miedo mortal. Me juraba que al día siguiente la iba a buscar para prevenirla. Vivía nervioso, en casa, la sola presencia de Licha me hacía sentir profundamente incómodo, bastaba que sonara el timbre del teléfono para sobresaltarme irritado; los lloriqueos de los niños me hacían rechinar los dientes; nos cortaban la luz porque olvidaba pagar los recibos. Me movía en un vértigo irreal, traía los sentidos embotados, creía todo inútil, las discusiones con Licha me aburrían. ¿Con quién compartir mi secreto, mi cobardía?

Como aquella noche, cuando te habló desesperada sin saber qué hacer, acababa de ver a un tipo en el patio de atrás, intentando abrir la puerta de la cocina.

Temía, por el material guardado, que algún vecino lo viera y llamara a la patrulla. Y si era la propia policía que venía a hacer un registro; y tú: pélate de inmediato, y ella: —ni en cuenta, soy responsable de las cajas, voy a encender las luces del patio a ver qué hace; la tiranía no anda merodeando, te caza y ya; ahorita te hablo. Y yo, en agonía, durante la pausa glacial, en un me lanzo, y luego ¿qué hago?, se va a asustar más, no me conoce. Para enseguida: —listo, se fue, se cisqueó todo, lo vi cuando brincó la barda. Cómo era posible que la dejaran sola; me afloraba su imagen en el Girasol, pálida y tranquila, educadamente cinematográfica.

Me molestaban las alusiones sarcásticas hacia Marcia en las conversaciones que mecanografiaba, me repugnaba el constante rejuego falaz de la intriga y la contraintriga. Quería decirle que había quien sospechaba de su entrega, de su gran seriedad en el cumplimiento de las tareas. Que les inspiraba desconfianza su procedencia de la Obra Cultural Universitaria, su trato con los jesuitas, por más progresistas que éstos se dijeran. Su forma de trato comedida y respetuosa y su inclinación a las lecturas literarias eran interpretadas como un indicador de fragilidad política. Estaban también los comentarios brutales sobre su vida privada a la que no tenían acceso militantes de la Organización y en la que no hacía concesiones.

Hubo quien la consideró policía por su tendencia a regalar novelas y libros de poesía a los compañeros, porque en el fondo lo que perseguía era mediatizarlos. Varios de sus más cercanos camaradas encontraron como una jaladota el detalle de haberle regalado a Revueltas, cuando vino a Monterrey, sus medallas de

Aprovechamiento, Urbanidad y Conducta que había recibido en el colegio; lo único que trajo con ella cuando se salió de su casa.

No gracias, no tomo café. En cuanto me enteré de su detención, me lancé a 5 de Mayo a las oficinas de la Judicial; como suelo ir a arreglar algún aparato no desperté interés. Pude verla cuando la trasladaban a una vagoneta, caminaba cojeando, la mirada ausente, paralizada por el terror de la paliza de recepción. Se la llevaron a Saltillo.

Me atreví a llamarte. Me sobrepuse a ese sentimiento de indecisa y derrotada fatiga que he arrastrado todos estos años; aunque te suene impúdico, por todas tus conversaciones, del 69 al 72, sostenidas con Marcia, sé que eres la única persona con quien podría hablar; aunque esté condenado a tu desprecio.

Llegó la hora de ejecutar mi número y venía a pedirte que se movilicen, que impidan que le hagan más daño, que la vayan a desaparecer. Camino aquí, escuché en la radio la noticia del secuestro del avión; con los hijos del gobernador en ese vuelo, la vida de Marcia está garantizada. Por lo tanto, Natalia, te agradezco me hayas recibido, les sugiero que adopten un mayor rigor en las medidas de seguridad y por supuesto, que recuerdes: esta entrevista nunca tuvo lugar.

*Nosotros,
los de entonces*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Aprovechamiento, Urbanidad y Conducta que había recibido en el colegio; lo único que trajo con ella cuando se salió de su casa.

No gracias, no tomo café. En cuanto me enteré de su detención, me lancé a 5 de Mayo a las oficinas de la Judicial; como suelo ir a arreglar algún aparato no desperté interés. Pude verla cuando la trasladaban a una vagoneta, caminaba cojeando, la mirada ausente, paralizada por el terror de la paliza de recepción. Se la llevaron a Saltillo.

Me atreví a llamarte. Me sobrepuse a ese sentimiento de indecisa y derrotada fatiga que he arrastrado todos estos años; aunque te suene impúdico, por todas tus conversaciones, del 69 al 72, sostenidas con Marcia, sé que eres la única persona con quien podría hablar; aunque esté condenado a tu desprecio.

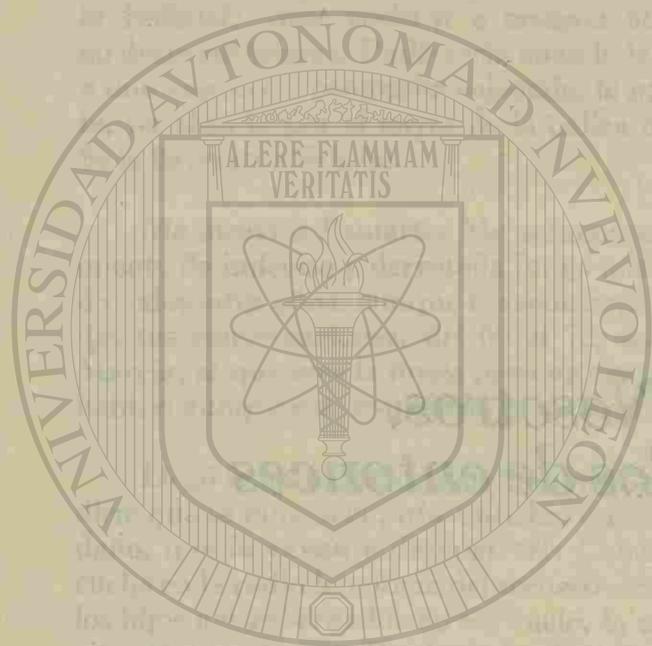
Llegó la hora de ejecutar mi número y venía a pedirte que se movilicen, que impidan que le hagan más daño, que la vayan a desaparecer. Camino aquí, escuché en la radio la noticia del secuestro del avión; con los hijos del gobernador en ese vuelo, la vida de Marcia está garantizada. Por lo tanto, Natalia, te agradezco me hayas recibido, les sugiero que adopten un mayor rigor en las medidas de seguridad y por supuesto, que recuerdes: esta entrevista nunca tuvo lugar.

*Nosotros,
los de entonces*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la vida. La vida es un misterio que se resuelve en la muerte. La vida es un misterio que se resuelve en la muerte. La vida es un misterio que se resuelve en la muerte.

La vida es un misterio que se resuelve en la muerte. La vida es un misterio que se resuelve en la muerte. La vida es un misterio que se resuelve en la muerte.

A Eduardo González R.

FALTAR a clases, porque aseguras que no soportarías repetir el mismo discurso fielmente asimilado a través de semestres y semestres de reeditarlos. Sentir la sobrecarga del siglo por este algo, acá dentro, que no puedes ignorar, algo que empezó hoy por la tarde, cuando un embotellamiento por Zaragoza, con los cuadros del paisaje devastado; te trajo sin decirte con permiso: los rincones, las esquinas, las ventanas, que solían contemplar su raudo paso, cabello al viento, morral al hombro, para llegar a colgársete del cuello con un beso largo; porque a esta ciudad urgida de caricias, había que regalarle toda suerte de efímeros murales.

Llegar al departamento sobre la cantina, servirte un escocés, al refri por los hielos; instalarte en el sillón, cerrar los ojos, prender la televisión, servirte la segunda, apagar la televisión. Correr las cortinas: acá arriba, para armonizar con tu nostalgia, la gris cercanía de las nubes te acaba de inundar de abatimiento. Te impugnas, como siempre, no haberte salido en el pasado, para verlo todo desde lejos, para no encontrarla de improviso.

El teléfono te recuerda que hay un grupo de alumnos esperándote para presentar el parcial que tienen esta tarde; tras marcar dos veces el disco, lo dejas descolgado: ni fuerzas para inventar pretextos. Con la botella a la mitad y un Moustaki sensualoso retomas la galería de la memoria.

La licencia matrimonial, que presentó a los judiciales que los detuvieron aquella noche en que deambulaban por las calles desiertas del barrio de la Catedral, te observa, con los pliegues amarillentos, desde el marco del cuadro de Chagall donde la puso cuando la trajiste aquí por primera vez; en su línea de conducta misteriosa, omitió decirte cómo la había conseguido.

Esa tarde, como tantas otras, habían faltado los maestros de la dos primeras horas y su grupo decidió abandonar la Facultad. Un telefonema los acercó, para encontrarse en el Obispado, ahí, tras hablar de los amigos comunes, los maestros charlatanes, la política estudiantil y el rector industrial; abordaron los temas personales, le hablaste de la vida en los internados, en las casas de asistencia, de lo difícil que te resultaba entablar contacto con la gente.

Nunca supiste cómo se te fue metiendo por los ojos, ni tuviste tiempo de elegirla. Apareció, de pronto, en mil lugares y su figura se fue haciendo familiar hasta tornarse inconfundible: en la penumbra dominical de un cineclub en el Aula Magna; en el Palacio, muy atentita en alguna conferencia de la Escuela de Verano; una noche cualquiera en la librería Cosmos; en la plaza del Colegio Civil, durante el desarrollo de un mitin; con un dedo sosteniéndose los lentes, que siempre traía a media nariz, mientras to-

maba apuntes de un libro, en la mesa del fondo, junto al mural, en la biblioteca Alfonso Reyes; en las elecciones de la Facultad; en los eventos del Mexicano-Cubano; tirada en el prado de la rectoría, esperando resoluciones del Consejo.

Por ese tiempo, ya estabas hasta el gorro del Tecnológico, cada vez te identificabas más con los tamaulipecos de la Uni. A pesar del cariño por los compas, su desmadroso excesivo te llevó a arrendar esta buhardilla que descubriste abandonada una mañana en el tejado de este condominio, andando de vago oficioso, cuando se llevaron las instalaciones del Canal 12. Los giros en la Sucursal "J" de Correos te dieron margen a tenerlo cuando el trato con la raza de la casa de asistencia se volvía, cada vez, más conflictivo; salvaste algunas amistades, aunque jamás negociaste en las peticiones de asilo transitorio de algún paisano sin recursos, con amiga al lado. Aún recuerdas la cara de colección que puso tu padre cuando le entregaste el flamante título profesional, de la UANL.

Anochece, a lo lejos las luces rojas de un avión te hacen guiños simultáneos. En la atmósfera opacada de la lámpara te retraes y a pesar del cansancio que amenaza con vencerte, te niegas al abandono, necesitas recrearla intensamente y recorres el archivo del afecto desde el mismo sillón donde solías cuidarla, en el descanso: su frágil respiración acompañada tras el instante en que nacías perdido en su tibieza, sobrecogido por el aura de su piel, derramado en cada movimiento, en cada susurro, en la suave opresión de los sentidos, atesorando su aroma natural, acurrucado en la confianza de sus brazos; la retratas en sus ojos divertidos ante todo ese despliegue de vehemencia: la recorres, la descubres, la consignas en las yemas de tus

dedos y resbalas hacia el límite del mundo porque no está contigo, y los demonios se pasean impunemente sin saber exorcizarlos.

El timbre de la puerta suena insistentemente, lo escuchas inmóvil, en este momento, determinas que no hay nadie con quien te interese hablar de nada. Deben ser algo más de las nueve de la noche; el whisky se agotó y habrá que continuar con un democrático tintito. La Camerata te actualiza el concierto de jazz en el auditorio de Filosofía, cuando se presentó la coyuntura al desocuparse, milagrosamente, un asiento junto a ella; de tres zancadas, pálido y congestionado, la tenías cerca de ti. Haciendo uso de sus recursos, la habías visto actuar en algunas obras de teatro universitario, te miró sin verte y siguió prendida con la música para, en un breve paréntesis, rayonear en la Ley Federal del Trabajo aquel mensaje solemne, como ella misma cuando asumía graves decisiones; darte el libro y retirarse.

No resistes el impulso y te diriges al librero: Compañero, aquí estoy, en un momento en que la tensión decae, se relaja una cierta frialdad y se abre paso una voluntad de comunicación hacia gentes, con quienes en el fondo se mantiene viva una débil sospecha de posible afinidad: ¿podríamos hablar dentro de una hora en la Miniatura?

Marcia, consejera alumna de su escuela, militante de un grupo revolucionario; acostumbrada a dominarse a sí misma, a vigilar su actuación, a medir cada una de sus palabras, habituada a pensar que fuera de su trabajo político nada podía ser importante, esa noche, entabló contigo otro discurso. Por un instante, la semioscuridad del ambiente te forja el espejismo de

un tiempo suspendido; en dos segundos abrirá la puerta porque olvidó la bufanda en el perchero y optará por olvidarse ella misma en esta noche que tanto la precisas.

Aceptaste las reglas formuladas: relación de orden clandestino; tú no eras militante, y los de su grupo jamás entenderían que si no estabas con ellos, tampoco estabas contra ellos, así eran de dogmáticos y sectarios. Para ti, ella era lo presentado. Vivía sola y estaba sola; a pesar de las horas invertidas en las tareas políticas, rodeada de compañeros, su soledad era auténtica, le había costado.

Lo supiste aquella tarde de viernes previo a vacaciones de Semana Santa, con el nerviosismo de la proximidad de tu salida a Reynosa: visita ritual de saludo a los papás por aniversario de bodas. Conmovida, alteró la versión oficial del odio a sus padres, que tantas veces le habías escuchado, la historia del constante hostigamiento a que la tenían sometida orillándola a salirse de su casa; ya no fueron los seres sombríos enfrascados en mezquinas estrecheces, los sujetos desclasados, atrapados por su pequeño destino, ni las instituciones bancarias que veían en sus hijos fuentes de futuros ingresos; ya no fueron los responsables de su inseguridad permanente, ni el reflejo fiel de las relaciones capitalistas: de la clase dominante, a la cual representaban casi caricaturescamente, con su enfática inclemencia hacia los oprimidos: sus hermanos, con la sumisión acostumbrada, encerrados en sus cuatro paredes de bestias impotentes.

Esa tarde, pasando tus dedos entre su pelo; el sentimiento de orfandad y de constante despedida que aparecía, sin ser invitado, en cada entrevista se agudi-

zó por tu partida y cobró los matices de lo táctil mientras invocabas el clima del Polo Norte haciendo esfuerzos por detenerte para que ella alcanzara su culminación. Supiste, como otras veces, que no iba a terminar; los espasmos eran para reprimir la salida de otras emociones, porque se le venía encima la nostalgia de la vida con sus padres y creía quererlos, a pesar de su autoritarismo, no eran responsables —qué culpa tenían ellos de que este país, en su momento, no les pudiera dar la alternativa de una educación universitaria. Para terminar jurando que al día siguiente le iba a llamar a su madre para decirle todo eso. El lunes, al regresar de la casa de tus padres, te comentaría la negativa de su mamá, vía la hermana, a hablar con ella.

Al pararte a tirar las colillas del cenicero en el bote de basura que está junto al escritorio, te saluda su mirada desde la única foto que conservas. La tomaste subrepticamente de uno de los muros de su escuela durante una campaña política, un año antes del encuentro. Marcia, aparece muy formal, desde la cartulina de propaganda de la planilla Rojinegra; el pelo suelto, sin embargo, le imprime un cierto aire janefondesco, el brillo de los ojos perfila una gran felicidad en el momento que le tomaron la fotografía. Habrás de perdonar la originalidad de los compas, te comentaría después, por los colores que escogieron.

Si bien para Marcia la revolución era su forma de vida, una obligación irrenunciable; con todas las limitaciones forjaron un mundo a su medida, lejos del trato camaraderil, de la grilla carnicera e implacable: vivieron lo suyo, en esta ciudad paradójica y extraña, donde cambiar de círculo implica viajar en una máquina del tiempo al encuentro de etapas acabadas. Defendieron lo suyo: esa pequeña alianza personal

que habría de compensarlos de la realidad desventajosa que día a día se veían precisados a enfrentar; hasta llegaron a acceder entusiasmados a un proyecto de vida en común, confirmaban tantas identidades que plantearse la complicidad permanente resultaba natural.

Por aquellos días no había mayor felicidad que caminar por las calles viejas y sinuosas del centro de la ciudad, tomados de la mano, imitando a las parejas que se besaban bajo la protección de la noche; descubriendo que Marcia, aparte de Gorki y Makarenko, conocía también a Dos Passos y a la Woolf; hablando de los anhelados viajes a París, a Moscú, a Londres, a Pekín, que habrían de ser antes de cumplir los treinta; sintiéndose, a tono con las canciones que sabían de memoria, profundamente orgullosos de haber nacido latinoamericanos.

Los fines de semana, en el campo, donde después de largas caminatas, en que Marcia ponía a prueba su resistencia física, escogían algún paraje singular junto al río Ramos; mientras ella hacía yoga, tú descansabas en silencio, observándola; por lo demás, se conocían ya y no se torturaban con conversaciones inútiles. Llegaron a dominar un mecanismo de identificación tal, que bastaba con una mirada significativa para desaprobador al mundo o darle el visto bueno.

La brisa que entra por la ventana te hace el efecto de un leve *carwash* que vulnera la erosión estacionada. Quién te iba a decir a ti, que encogías los hombros, no totalmente resignado, ante su resuelta entrega a la actividad política; que manejabas la línea del escepticismo ante su independencia de criterio y la ristra de lindes que, en cierto grado, le permitía su trabajo de

traductora; que tú, el amo de las reservas, terminarías por completo en el contagio; desde la fobia irresistible a los horarios que ciertamente como ella objetaba impiden comer cuando se tiene hambre y dormir cuando se siente necesidad; hasta las noches en vela, por temor a no levantarte a las cuatro, para estar en la puerta de Fundidora a la hora del cambio de turno vendiendo el *Así es*.

Una corriente de aire mueve las cortinas y a pesar de que la lluvia empieza a mojar la alfombra, no te mueves del sillón para evitarlo; el Calafia a punto de liquidarse. Fue Gil quien lo dejó aquí la otra noche, porque hasta eso no has podido superarlo, sigues frecuentando a la misma gente que la conoció; manejan los rollos que ella misma aprobaría. Porque no toleras a tu generación domesticada y en la cuesta sin fin de las reuniones, te propones edificar el nuevo país, construir el partido, cambiar la vida. Y te cuesta trabajo admitir que no esté aquí, en el Martin's: grillando, planeando la toma del poder para el 2000; o en el consumo bestial, usando tus tarjetas de crédito; o en el cineclub de la UR, curándosela con el desjuicie total de Juan Orol.

Aunque nunca te habló de las fases por que atravesaba su grupo político tú lo adivinabas en el amor; en la creciente melancolía de sus ojos, en la desesperación de sus manos que clamando silenciosas te asían a su vida, anunciando la separación.

Adicta a su conciencia, intuías la magnitud del caos en que esa frágil unión que se inventaron era un elemento ordenador. La mañana final, el adiós te fue dicho en un *te quiero siempre* al oído, de los que Marcia, enemiga del lugar común, solía reservar. Con

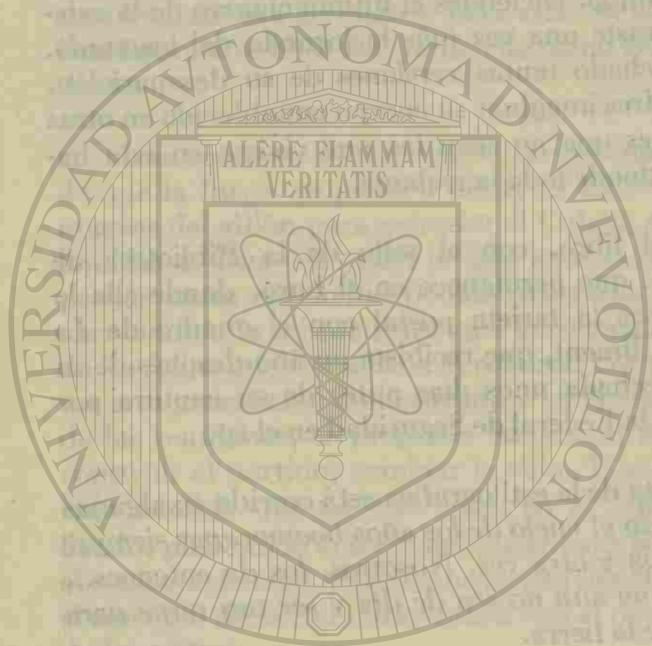
la sangre helada y la impotencia la sentiste humedecer tu pijama a la altura del corazón, donde mantenías acurrucada su cabeza.

Amanece. Ha menguado la tormenta y se respira un aire limpio, enciendes el último cigarro de la cajetilla. Libraste una vez más la jornada del insomnio. Has escuchado tantas versiones de su desaparición, que no sufres imaginar su cuerpo ennoblecido en otras condiciones que no sean las que viviste en esta habitación, donde todo la reclama.

En el libro, con el sello de la Biblioteca de Economía, que permanece en el buró, donde ella lo dejó, buscas la tarjeta postal con el cuadro de *La boda*, de Climent, que recibiste un año después de su partida, fechada unos días antes de su captura por agentes de la Federal de Seguridad en el DF.

La tinta de la estilográfica está corrida en algunas palabras: *En el vuelo de los años boomerangs siempre vuelves, una y otra vez. Nosotros, los de entonces... Lamento que aún no sea de día y ser tan torpe para andar sobre la tierra.*

MARCIA

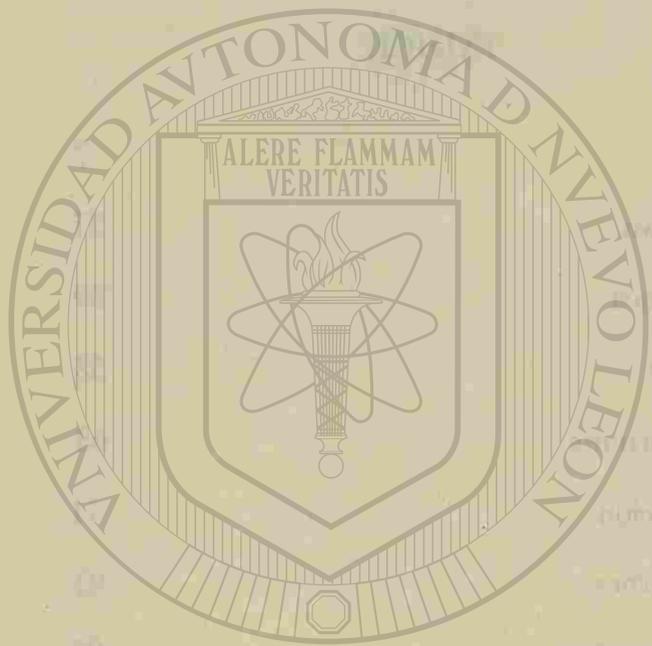


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

SOS .	7
Estela furtiva	27
Jugada clásica	39
Al aire libre	53
Gente importante	63
La rectificación	71
Hasta el viernes	83
El precio a pagar	95
Por el sur	105
Número equivocado	115
Nosotros, los de entonces	127 [®]



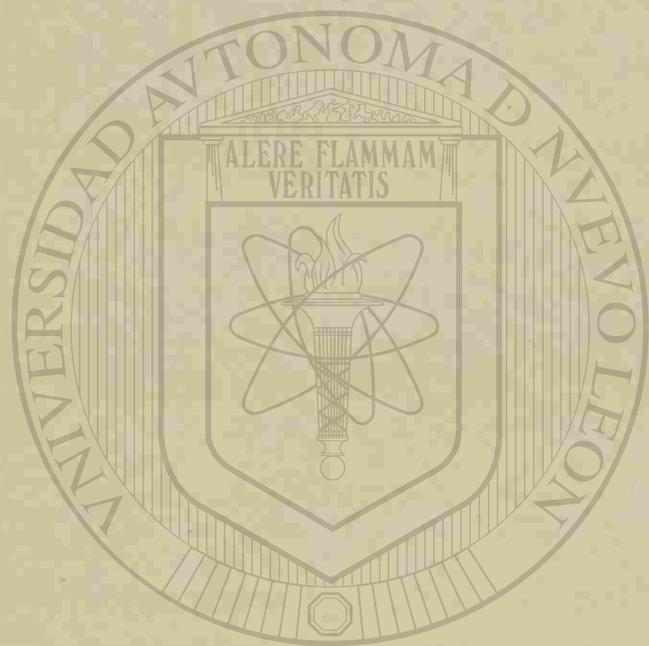
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dibujo en la portada Saskia Juárez





UANI

Nosotros, los de entonces

de

Cris Villarreal Navarro

Se terminó de imprimir el diez de diciembre de mil novecientos ochenta y tres, en el taller de Impresora Gralex, siendo el tiro de tres mil ejemplares en papel cultural de 50 kilos. Se usaron tipos Bodoni de 11 puntos. La tipografía estuvo a cargo de Pedro Muñoz Cázares, en los talleres de la editorial *El Porvenir*. S. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Cris Villarreal Navarro (Anáhuac, N. L. Oct. 10, 1949). Licenciada en Ciencias Jurídicas y maestra en Lengua y Literatura Españolas, es catedrática universitaria desde hace casi quince años en la Facultad de Ciencias Políticas, y a nivel de preparatorias, en la UANL. Primer lugar en el certamen de cuento, estatal 1980 del CREA. Perteneció al taller literario *Artefacto*. Ha publicado en el desaparecido periódico *Universidad*; en el suplemento cultural *El volantín* de *El Diario de Monterrey*, y es colaboradora fundadora del *Aquí vamos* de *El Porvenir*.

Martínez

PQ
.3
.I
N6
c.

Diseño de la portada